

X Premio de Relatos y Poesía



X Premio de Relatos
y Poesía

AIIM

ASOCIACIÓN DE INGENIEROS
INDUSTRIALES DE MADRID

Haiku: J. del Castillo.

*“Rompen las olas
con furia de tsunami,
dragón marino”*

Imagen de cubierta:

La Gran ola de Kanagawa (Katsushika Hokusai)

Edita:

AIIM (Asociación de Ingenieros Industriales de Madrid)

Diseño de cubierta e interiores:

Seshat Producción Gráfica y Visual

Maquetación e impresión:

Seshat Producción Gráfica y Visual

Dep. Leg.: M-36797-2011

X Premio de Relatos y Poesía

CONVOCATORIA
2011



ÍNDICE

JURADO DE LOS PREMIOS	9
X PREMIO DE RELATOS	11
<i>1^{er} Premio:</i>	
MIRIAM CONDE REDONDO	13
<i>2^o Premio:</i>	
MIGUEL A. BLASCO LÓPEZ	37
<i>Accesit:</i>	
N ^o 1 JOSÉ LUIS SEVILLANO FDEZ.	53
N ^o 2 JOSÉ M ^a SANZ VICENTE-MAZARIEGOS	71
N ^o 3 JOSÉ M ^a CUADRO PINA	85
N ^o 4 AGUSTÍN VALDERRAMA COUREL	95
X PREMIO DE POESÍA	111
<i>1^{er} Premio:</i>	
.....	113
<i>2^o Premio:</i>	
MIGUEL ÁNGEL MURO JIMÉNEZ	115
<i>Accesit:</i>	
N ^o 1 RAFAEL NAVAZO RIVERO	119
N ^o 2 MATÍAS SOLANA HERNÁNDEZ	125
N ^o 3 Y 4	131
AGRADECIMIENTOS	133

EL JURADO

LA ASOCIACIÓN DE INGENIEROS INDUSTRIALES DE MADRID
invitó como jurado
a las siguientes personas:

D^a. Marisa Torrente

D^a. Celsa García Valdés

D. Juan José Scala

D. Joaquín del Castillo

X Premio de Relatos

1^{ER} PREMIO

Título

UNA EXTRAÑA COINCIDENCIA

Autor

MIRIAM CONDE REDONDO

PSEUDÓNIMO: ÁNGEL ROCHEL

MIRIAM CONDE REDONDO nació en Valladolid en 1968. Ingeniero Industrial por la Universidad de Valladolid, en la especialidad de electricidad, intensificación automática, ha trabajado en la empresa privada, ha sido docente y en la actualidad trabaja para la Administración regional de Castilla y León, en el ámbito de la Seguridad Industrial. Casada con dos hijas, compagina (como puede) las obligaciones familiares y laborales con su gran pasión por los libros. Ávida lectora, es también la autora de la novela de aventura histórica “*La piedra de siete ojos*”, a día de hoy confiada a una agencia literaria.

UNA EXTRAÑA COINCIDENCIA

PASÉ EL CONTROL DE EQUIPAJES APRESURADAMENTE, con el tiempo justo de subir al tren. Avanzando por el andén con la mayor velocidad que me permitía mi humanidad, logré llegar al vagón número siete.

Resoplando, circulé por el pasillo, hasta llegar al asiento designado en el billete, jadeando por el esfuerzo realizado. Me senté a plomo en la butaca, buscando recuperar el aliento y consulté el reloj. Me habían sobrado tres minutos.

Una vez que recuperé la respiración normal, me desembaracé del abrigo y la bufanda, saqué un libro de mi cartera de viaje y me dispuse a leer, mientras el tren arrancaba suavemente entre las primeras luces de la mañana.

Antes de concentrarme en la lectura, eché un vistazo rápido a mi alrededor, observando distraído a los compañeros de viaje que el azar me había deparado. Nada podía hacer sospechar que uno de ellos iba a morir.

Delante de mí, compartiendo una mesita de madera chapada de haya, con unas curiosas alas abatibles,

se sentaba una elegante pareja. Ella, con un vistoso traje de chaqueta de terciopelo granate que olía a la calle Serrano, leía concentrada el periódico, y él, chaqueta de impecable azul marino con corbata a juego, miraba ensimismado hacia la ventanilla.

En el compartimento simétrico al nuestro, en la ventanilla opuesta, estaba sentado un hombre joven, que tecleaba suavemente un pequeño ordenador portátil, de estilizado diseño. Llevaba unas discretas gafas de montura al aire, y un jersey fino de lana de color azul pálido. Debió notar mi mirada, porque de pronto levantó la vista del ordenador y la giró en mi dirección.

Incómodo por haber sido sorprendido fisgoneando, bajé la cabeza hacia mi libro, y en el movimiento atisé a los otros ocupantes de los asientos contiguos al mío, separados únicamente por el pasillo.

Fascinado, reconocí a Gerardo Almarza, el famoso empresario. Según se contaba en la prensa especializada, el importante constructor era dueño de una considerable fortuna. Promociones inmobiliarias en la costa mediterránea, obras públicas, no había reto que pudiera echarle atrás y a decir de las malas lenguas, sus métodos no debían ser siempre los más deportivos.

Sentado a su lado, ocupando la ventanilla, se encontraba un hombre que había superado ya la treintena, y que consultaba una agenda de piel negra, anotando diligentemente los comentarios de su acompañante.

Deduje que se trataba de su asistente y la conversación que mantenían entre ellos así me lo confirmó. Afirmar que hablaban entre ellos era quedarse corto, porque el tono de voz de Almarza, autoritario y profundo, retumbaba por todo el vagón.

Tras haber pasado lista a mis vecinos más próximos, intenté concentrarme en el texto jurídico que tenía en mis manos, buscando argumentaciones para el difícil caso que me mantenía ocupado, y que con toda probabilidad volvería a ganar. Puede parecer presunción expresarme así, pero la realidad es que gracias a una larga lista de victorias obtenidas en los tribunales, mi bufete contaba con un merecido prestigio que me permitía añadir ceros a mis minutas y mantenerme, por decirlo elegantemente, en la cresta de la profesión.

Sumergido en mi libro levanté la cabeza cuando vi venir por el pasillo a un hombre con rastas en el pelo y barba de tres días. Vestía un chándal verde con rayas amarillas en los costados, llevaba al hombro un macuto militar de color verde y miraba indeciso a un lado y a otro. Al llegar a mi altura se me quedó mirando, y yo le devolví la mirada sorprendido. Me hizo un gesto con la cabeza que no entendí. Tras unos segundos de incómodo silencio, como si le costase encontrar las palabras, me espetó: ¿Me dejas pasar a mi asiento?

Me levanté de un salto, avergonzado y confuso, y esperé pacientemente a que aquel hombre, ni viejo

ni joven, terminara de colocar con cierta torpeza su macuto en el portaequipajes.

Almarza arrugó la nariz, y volviéndose a su asistente murmuró en un tono perfectamente audible para los más cercanos:

Dejan subir a cualquiera en estos trenes. Y se giró hacia la ventana, tecleando en su agenda electrónica, el último y más caro modelo del mercado.

A su vez, mis vecinos, los elegantes, habían cruzado una mirada aterrorizada entre ellos y frunciendo los labios en un mohín idéntico se habían parapetado, ella detrás de su periódico y él abstrayéndose de nuevo con el paisaje.

Una vez que el rastafari se acomodó a su gusto, me tomé la libertad de recuperar mi asiento e intenté volver al hilo de mis pensamientos. Mi nuevo acompañante había sacado una revista arrugada y se dispuso a desplegarla, haciendo crujir sus páginas. No pude evitar echar una mirada furtiva a su lectura. Era una publicación de temas espirituales titulada “Nueva Era y Ocultismo” que me hizo soltar un resoplido perplejo. El hombre leía absorto un delirante reportaje sobre la ciencia de la curación con las manos, y de tanto en tanto miraba las suyas, tratando de comprobar si era portador de tan práctico poder.

Volví a mi libro, buscando el párrafo exacto que apoyara mis razonamientos, y logré concentrarme de nuevo, mientras el tren avanzaba devorando kilómetros, azotado por el viento y el frío.

De improvviso, el timbre de una llamada telefónica resonó por el vagón.

Sí, por supuesto, tronaba Almarza a un interlocutor desconocido, sí, el contrato de Panamá, perfecto... ya está engrasada la maquinaria, magnífico,...no, eso no, no soy tan estúpido...sí, el informe Stilver, los datos, sí, se encargó el becario,... yo que sé, se los inventaría... sí, un buen pellizco, de acuerdo...

Levanté la cabeza disgustado. Era imposible leer nada con semejante chorro de voz rugiéndome al oído. Miré a mi alrededor, y comprobé que no era el único al que Almarza estaba incomodando. Mi singular compañero se inclinó en su asiento girando el cuello como un mono curioso y contemplaba fijamente al constructor. El joven del ordenador había dejado de teclear, mirando hacia delante, entre asombrado y molesto. Cruzamos las miradas con complicidad, pero esa sensación de camaradería se esfumó en unos instantes y el joven volvió a su pantalla.

La mujer del traje granate asomó la cabeza por detrás del periódico y miró directamente hacia Almarza, pero enseguida volvió a sus emocionantes páginas color salmón.

Al parecer, tampoco ella podía concentrarse, porque al cabo de unos segundos se levantó lánguidamente y le dijo a su compañero que quería tomar un café. Como un par de aves exóticas, salieron en busca del vagón-cafetería.

Me recosté en el asiento, deseando que acabara la incómoda conversación, y cerré los ojos con impaciencia. Entramos entonces en un túnel, y se comenzó a oír una vibración sorda, que tuvo el efecto de relajarme, pues enmascaraba la interminable cháchara del empresario.

Con los ojos entrecerrados oía su voz, cada vez más lejana, mientras el tren me acunaba con sus ligeras oscilaciones. Sin poderlo evitar, me quedé dormido.

Abrí los ojos, sobresaltado cuando el rastafari me despertó tratando de alcanzar de nuevo su asiento. No dijo ni una palabra de disculpa y se limitó a sentarse y a rascarse nerviosamente el cabello.

Intenté desperezarme, al principio con discreción, finalmente con un amplio y satisfactorio estiramiento, pues comprobé que, con la excepción de mi vecino, no había nadie más a mi alrededor.

Decidí entonces que me hacía falta despejarme un poco y levantándome pausadamente me dirigí a la cafetería.

La barra estaba llena, pero logré encontrar un hueco precisamente al lado del asistente de Almarza, que removía ensimismado y solo una infusión. Observé que su jefe se encontraba en la otra punta del vagón, hablando con una rubia bastante vistosa.

Cuando llegó mi turno, le pedí al camarero un café bien cargado, justo en el momento en que el empresario rugía a voz en grito a su empleado que le pidiera otro whisky y le trajera de su cartera una

revista que quería mostrar a la señorita. El hombre enrojeció, avergonzado sin duda por la falta de modales de su empleador, y me rogó azorado que le cediera el turno, porque su jefe solía impacientarse si no era atendido al instante.

No faltaba más, le dije con simpatía, yo mismo pediré el whisky. Vaya usted a buscar la dichosa revista.

El joven salió presuroso a cumplir con su tarea mientras yo custodiaba el preciado líquido. Me dio algo de lástima, pues me dio la impresión de que era una persona competente y brillante y no le debía hacer mucha gracia mantener una actitud tan servil.

Cuando regresó de su primera misión recogió el whisky de la barra y se lo llevó acelerado a su jefe, logrando apaciguarlo. Después se dirigió de nuevo a mí e insistió en invitarme, pero me resistí educadamente. Intercambiamos un par de frases sin importancia y cuando acabé mi café me despedí y salí de la cafetería.

Ya de vuelta en mi butaca, abrí de nuevo el libro, pero dediqué unos instantes a observar disimuladamente a mi compañero de viaje, el hombre de las rastas. Mi instinto no me había mentado. La ropa que llevaba estaba sin duda fuera de lugar, pero era de marca y cara. Las deportivas parecían recién estrenadas y el macuto, podía verlo perfectamente desde mi sitio, llevaba bordado el escudo de la antigua República Federal Alemana, por lo que dedu-

je que dicho objeto, en realidad, podía haber salido perfectamente de la tienda de un anticuario.

Finalizado el escrutinio, seguí leyendo un rato más, hasta que los ruidos procedentes del pasillo me devolvieron a la realidad y me dediqué a observar como los viajeros retornaban poco a poco a sus asientos.

Primero llegó el secretario de Almarza sin su ostentoso jefe y se sentó con gesto mecánico y un aire de resignación en su rostro. Un poco más tarde volvió el joven del jersey azul pálido, con una botella pequeña de agua mineral en la mano. Se sentó en su lugar, bebiendo a sorbos el agua mientras miraba por la ventanilla.

Transcurrido un poco más de tiempo, no podría precisar cuanto, el tren dejó atrás los espacios abiertos y comenzó a adentrarse en los alrededores de la capital, frenando su marcha.

La refinada pareja volvió también a ocupar sus asientos, con gesto serio y poco amistoso, marcando claramente las distancias.

El asistente miraba indeciso hacia el pasillo. El convoy reducía cada vez más la velocidad y el empresario no había vuelto. En un arranque de decisión recogió los abrigos y luchando con la sobrecarga salió en su busca.

Al cabo de varios minutos, cuando ya se divisaba la estación, el tren se detuvo con una brusquedad mayor de la necesaria. Desde la megafonía, en lugar

de desearnos que hubiéramos tenido un buen viaje, como era lo habitual, nos indicaron que el tren se había detenido por causas técnicas y nos rogaban que permaneciéramos todos en los asientos.

Nos miramos unos a otros desconcertados. Es la primera vez que veía algo así. Durante un largo espacio de tiempo esperamos pacientemente a que se resolviera el problema, hasta que la mujer sentada enfrente de mí se puso de pie y gritó enfadada que ya estaba bien, que estábamos prácticamente en la estación y que aquello era una tomadura de pelo. Seguida de su acompañante desapareció vagón arriba, pero al cabo de unos minutos volvieron escoltados por un policía que con modales corteses pero firmes les invitó a permanecer en sus asientos hasta nueva orden.

Aquello no era nada normal. El temor de un atentado fue tomando cuerpo. Aguardamos sobrecogidos y alguien comentó que la policía estaba tomando declaraciones a los viajeros desde la cabecera del convoy.

Transcurrieron lentamente los minutos en medio de un silencio tenso, nadie se atrevía a decir nada. Por fin, dos agentes de paisano de la policía judicial entraron en nuestro vagón y se dirigieron discretamente a los ocupantes de los primeros asientos.

Intenté aguzar el oído, a ver si me enteraba de lo que había pasado, pero solo me llegaban unos tenues murmullos.

En medio de mis esfuerzos por captar algo, un niño sentado en la parte delantera se puso de pronto a llorar a voz en grito. Su madre intentaba calmarlo apurada, pero parecía una tarea imposible. El chaval gritaba entre sollozos que quería su estuche, ante la mirada perpleja de policías y pasajeros. La pataleta fue subiendo de tono y el niño lloraba más y más fuerte, sordo a la promesa de su madre de comprarle uno nuevo.

Me sentí exasperado e impotente, con los nervios a flor de piel, deseando que el dichoso chiquillo se callase de una vez y me dejara enterarme de algo.

Intervino entonces el joven del jersey azul pálido, que se adelantó hacia donde estaba sentado el pequeño e inclinándose por detrás, logró sacar como un mago el dichoso estuche de debajo del asiento y se lo entregó al niño, que gracias al cielo, dejó de llorar. Su madre se lo agradeció efusivamente y los agentes, sin más interrupciones, continuaron sus pesquisas.

Me sentí bastante decepcionado cuando me tocó el turno, porque se limitaron a preguntarme mi nombre y datos de contacto e hicieron una relación de todos los objetos que llevaba encima. Por último me indicaron que si la investigación lo requería podría ser citado para ser interrogado. Cuando les pregunté qué había pasado se limitaron a indicar que no podían decir nada.

Fuimos saliendo ordenadamente, todavía perplejos por lo sucedido. Nadie sabía a ciencia cierta lo que había pasado.

Según avanzaba por el andén vi a un grupito de policías que nos observaban con atención. Al llegar a su altura uno de ellos me sobresaltó al saludarme:

¡Quintanilla, la vida te trata bien!

Lo reconocí al instante. Era Carlos, un antiguo compañero de pupitre. Alguien me había comentado alguna vez que había entrado en la policía. Ahora era el inspector Sánchez Cuadrado. Me dirigí a él por su nombre.

Carlos, ha pasado mucho tiempo, Me alegro mucho de verte. Si no es mucha indiscreción, ¿me puedes contar qué ha pasado?

Pues sí, sería indiscreción contestó, pero me temo que mañana aparecerá todo en los periódicos, tendrás que esperar un poco concluyó filosóficamente. Confirmando sus palabras, varios periodistas hacían fotos aquí y allá, apuntando con sus cámaras cualquier detalle que llamara su atención.

Salí de allí reflexionando sobre el comentario que me había hecho. Es cierto que había cogido unos kilillos desde la adolescencia, pero no era para tanto.

Mi curiosidad fue por fin satisfecha a la mañana siguiente, cuando puede leer la prensa. Desayunando en una acogedora cafetería, devoré con igual avidez los titulares del periódico y un par de cruasanes

a la plancha, generosamente rellenos de mantequilla y mermelada.

El periódico relataba en su portada los espeluznantes acontecimientos con todo lujo de detalles:

**¡EL CONOCIDO EMPRESARIO
GERARDO ALMARZA
ASESINADO EN EL AVE!**

**¡EL INCREÍBLE ASESINATO
DE LA LATA DE COCA-COLA!**

Leí, horrorizado y embelesado al mismo tiempo que habían encontrado a Almarza apuñalado en el servicio de un vagón. El artículo explicaba que algún desconocido había sorprendido al empresario mientras estaba haciendo uso del inodoro y le había asesinado en tan indigna situación. Pero lo más sorprendente de todo era el arma que había utilizado, ¡una lata de coca-cola! El asesino había demostrado estar dotado de imaginación, pues de alguna manera se las había arreglado para cortar los fondos de la lata y enrollar la chapa sobre si misma, formando un punzón cónico que había demostrado ser letal, clavándolo en el corazón del constructor.

A dos columnas pude leer que el principal sospechoso era un tal Jorge Forlán. Fijándome en la fotografía que acompañaba a tal afirmación pude reconocer a mi compañero de asiento, el hombre de las rastas. El artículo se explayaba en su biografía. Jorge

Forlán, con su aspecto hippy y descuidado, fue, a pesar de su juventud, un ingeniero brillante, cuya carrera quedó frustrada por la catástrofe de la presa de Alcofrén. Perteneciente a una familia acomodada, fue contratado por la empresa de Gerardo Almarza, gran amigo de su padre. A pesar de eso, cuando se produjo la ruptura de la presa llevándose por delante pueblos y cultivos, el empresario fue el primero en atribuirle toda la culpa, y tras el tormentoso juicio tuvo que pagar pena de cárcel, de la que había salido hace meses. La crónica concluía comentando que el móvil del asesinato parecía claro y que la policía estaba buscando evidencias para apoyar la acusación.

Varios días después la noticia seguía teniendo hueco en los telediarios. Estaba viendo un programa particularmente insidioso, que estaba sacando a la luz los trapos sucios del constructor, cuando recibí una llamada de teléfono. Me sorprendió una voz femenina, educada y grave. Se presentó como Esperanza Torroella, viuda de Forlán. Ante mi sorprendido silencio me informó que su hijo acababa de ser detenido y conducido a prisión preventiva. Alguien, extraoficialmente, le había dado mi nombre y estaba dispuesta a contratarme por lo que pidiera, con tal de librar de nuevo a su hijo de la cárcel.

Tras escuchar todos los pormenores que me explicó la atribulada madre, me dirigí a los calabozos, a hablar con mi nuevo cliente. Lo encontré tumbado sobre el camastro de la celda, desanimado y pálido.

Al oírme entrar se sentó y me miró apáticamente, sin dar muestras de reconocermé. Me presenté como su abogado, pero se encogió de hombros y permaneció callado. Armándome de paciencia, le hice una serie de preguntas y con habilidad fui logrando que me confiara su historia.

En otra vida, que ya casi ni recordaba, había diseñado una presa que era su orgullo. Una obra maestra de la ingeniería que había desafiado a la naturaleza embalsando el agua de la cabecera del río Alcofrén. Era una presa de costilla, me explicó un poco más animado, que lograba transmitir todos los esfuerzos del empuje del agua hacia los lados, a las paredes rocosas de la montaña. Por supuesto, además de la generación hidroeléctrica, continuó aclarándome exaltado, su principal misión era controlar las crecidas del río y evitar sus inundaciones periódicas. Prosiguió desgranando una serie de detalles técnicos, de los que no entendí ni la mitad, pero al menos me dejó una cosa clara. Almarza había cambiado los materiales especificados por otros de peor calidad, y se las había arreglado para falsificar las probetas de hormigón necesarias para las pruebas de resistencia de la presa. Él era muy joven, demasiado confiado, y no se dio cuenta del engaño hasta que fue demasiado tarde; ya había firmado el visto bueno. Cuando le exigió explicaciones, el empresario amenazó con hundirle si abría la boca, y lo que es peor, le insinuó

accidente y aparecer flotando en las compuertas de su propia obra.

Pasó unos meses de terrible angustia, pues sabía que la estructura no resistiría, pero denunciar al constructor hubiera sido su sentencia de muerte. Una terrible noche sucedió el desastre. La presa colapsó y las aguas se precipitaron con furia asesina, llevándose por delante campos y cultivos y cuarenta y siete vidas humanas. Ese fue su fin. En el juicio no tuvo ni la más mínima oportunidad y fue condenado a quince años de cárcel. En el fondo fue un alivio, pues a los ojos de la sociedad había podido purgar su culpa, pero la lista de los muertos le obsesionaba, y no había noche en que sus nombres no desfilaran por su cabeza. Así que no, no le tenía mucha simpatía a Gerardo Almarza, pero él no le había matado.

Salí de la celda con una profunda tristeza, rememorando una tragedia que me había conmovido en lo más profundo de mi ser, y me hice el propósito de salvar a aquel hombre, pues sabía a ciencia cierta que ésta vez era inocente. Estas palabras pueden parecer una ingenuidad en boca de un abogado, pero por una vez eran verdad. Yo mismo había sido testigo presencial de los hechos y no había olvidado que la última vez que vi a Almarza estaba vivo y coleccionando, ligando con la rubia vistosa y que desde entonces el desdichado ingeniero había permanecido sentado junto a mí; así que él no podía haber sido.

A pesar de todo, las pruebas en su contra eran abrumadoras, pues sus huellas habían aparecido en el arma homicida. La policía había encontrado sus impresiones digitales en la chapa de la lata.

Forlán me había explicado que había cogido una coca-cola de la máquina y se la había bebido en la plataforma, harto de recibir miradas despectivas. Cuando acabó la bebida, arrojó el envase a la papelería. Alguien tenía que haberlo cogido después.

Era una extraña coincidencia ¿o no? ¿Acaso alguien que conocía los hechos también deseaba vengarse de Almarza y había aprovechado la oportunidad?

¿Estaba relacionado de alguna forma el asesinato del constructor con el desastre de Alcofrén?

Durante días trabajé febrilmente en mi despacho, tratando de buscar algún indicio que apoyase mi teoría, pero los resultados fueron infructuosos. El tiempo comenzaba a apremiar y me sentía cada vez más dentro de un callejón sin salida, sufriendo la impotencia de no avanzar en ninguna dirección.

Una tarde, a escasas jornadas del juicio, salí del despacho a dar una vuelta, hastiado de mover y remover los mismos argumentos. Caminaba pausadamente por la acera cuando fui adelantado por un agobiado padre que arrastraba a su hijo de la mano. El niño nos obsequiaba a todos los presentes con una magnífica rabieta, llorando y pataleando. Contemplé la escena con desagrado, mientras escuchaba el molesto llanto... De pronto, una idea

fugaz pasó por mi cabeza. Podía ser, si... cabía la posibilidad de...

Subí corriendo al despacho y redacté rápidamente una solicitud de prueba pericial al juzgado.

Llegó el día fijado para la vista, y me dirigí al tribunal nervioso como un novato. Todavía no sabía nada de la prueba solicitada y me lo jugaba todo a una carta. A la espera de los resultados había basado mi defensa en probar mediante testigos que Jorge Forlán no podía haber sido, pero mis esfuerzos no estaban dando mucho fruto.

Llamé al estrado a la mujer del traje granate, que había resultado ser una hastiada mujer de negocios. No le había hecho ninguna gracia tener que comparecer en el juicio, que se estaba convirtiendo en un circo mediático, y había salido a la luz que tenía que pagar digamos que a...su acompañante, por lo que estaba siendo el hazmerreír de sus amistades. No logré obtener de ella ninguna ayuda y se limitó a indicar que no se había fijado en nada y que no podía recordar ninguno de los movimientos del acusado.

Aunque su acompañante tenía aspecto de no utilizar mucho el cerebro, logró asestarme un golpe bajo que levantó carcajadas en la sala y puso en entredicho mi cada vez más resquebrajada línea de defensa. A una de mis preguntas replicó con insolencia que le parecía muy improbable que yo fuera un buen testigo, pues me había pasado roncando más de la mitad del viaje.

Tras ese bochornoso episodio fui conminado por el tribunal a que no les hiciera perder más el tiempo y que expusiera más argumentaciones, si es que tenía otras.

El fiscal se estaba relamiendo, con una sonrisita de conmiseración en sus labios, y se disponía a formular su alegato cuando fuimos interrumpidos por un agente judicial que, con la venia de los magistrados, procedió a entregarme el resultado de la prueba judicial.

Abrí el sobre con manos temblorosas, y no pude evitar una sonrisa de satisfacción cuando leí su contenido, porque confirmaba mis sospechas.

Con el permiso del tribunal, llamé al estrado al último de mis testigos, el joven del jersey azul pálido. Preguntado por su nombre confirmó que se llamaba Ignacio Valcárcel, profesor auxiliar de universidad y respondió perplejo a mi siguiente cuestión confirmando que efectivamente, él había encontrado el estuche perdido de un niño en el vagón del tren y se lo había devuelto.

Por lo tanto, es lógico que sus huellas hallan aparecido en el estuche, ¿no es así? le consulté, sabiendo de antemano su respuesta.

Sí, así es corroboró con una luz de alarma en sus ojos.

Puede parecer normal que hayan aparecido sus huellas en el exterior del estuche, se lo entregó al niño a la vista de todo el mundo continué disertan-

do, pero lo que ya no es tan lógico es que hayan aparecido en el interior del mismo.

Se hizo un silencio asombrado en la sala

Y lo que es más grave, distinguidos miembros del tribunal, sus huellas han aparecido también en las tijeras escolares del interior del estuche grité mientras todos los presentes estaban pendientes de mis palabras. Y no sólo eso, señores, dichas tijeras presentan trazas metálicas, concretamente de aluminio, que es el material del que se fabrican las latas de refrescos. Se han identificado dichas trazas como pertenecientes a la misma lata con la que se cometió el crimen. ¿Puede explicarnos esto, profesor Valcárcel?

El testigo se removió aterrado en su asiento, y durante unos angustiosos segundos no se oyó el menor ruido en la sala.

Sabemos que fue usted, las pruebas son irrefutables, pero ¿por qué? interrogué sin misericordia.

Entonces el testigo se derrumbó. Confesó con voz entrecortada que era cierto, que él era el asesino, y ocultó entre sollozos su cara con las manos.

Pero ¿por qué Señor Valcárcel?, inquirí con una mezcla de alivio y asombro tras haber logrado su confesión.

El joven, todavía con lágrimas en los ojos, explicó al tribunal que llevaba años preparando su tesis doctoral, la que le abriría las puertas a una codiciada plaza de profesor asociado en un departamento de

la Universidad, y que iba a hacer su defensa precisamente al día siguiente del viaje. La tesis, por ironías del destino, consistía en el análisis del informe Stilver, que la Universidad había comprado a precio de oro a la empresa del constructor. Y allí estaba Almarza, delante de él, jactándose el muy desgraciado de que el informe no era real, de que no servía para nada.

Era demasiado tarde para impedir la defensa de la tesis, era el fin de mi carrera, todo mi esfuerzo para nada. gritó desencajado. Me volví loco de ira y no pensé en nada más. Le quité el estuche al niño sin que se diera cuenta y cogí una lata de coca-cola de la papelería. Después fabriqué el punzón y esperé el momento adecuado.

En medio de un silencio sepulcral, todavía atónito por lo escuchado, el juez dio la orden de que lo detuvieran y dictó la libertad sin cargos de Forlán.

Ustedes no lo entienden, volvió a gritar el profesor entre sollozos, mientras dos policías procedían a esposarle, han sido años de trabajo, días y días tratando de cuadrar los datos con sus ecuaciones, enumerando hipótesis, noches sin dormir analizando parámetros... y eran falsos, los malditos datos eran falsos, ¿lo comprenden, verdad?, tenía que hacerlo.

Varios días después la viuda de Forlán fue a verme a mi despacho. Me agradeció con lágrimas en los

cheque con mis honorarios. Se quedó perpleja cuando le indiqué que no lo quería y que prefería que lo entregara a la Asociación de Víctimas y Damnificados de la presa de Alcofrén. Aseguró entonces que mis deseos serían respetados y estrechándome la mano emocionada se despidió de mí.

Una vez a solas comencé el ritual con el que celebro mis éxitos. Saqué del mueble-bar la botella de mi mejor whisky escocés, un reserva de quince años y me serví lentamente un vaso.

Realmente había sido una extraña coincidencia. Gerardo Almarza había muerto por el menor de sus pecados. Miré fijamente el contenido del vaso, recordando otro momento, otro instante delante del whisky del constructor. El asistente había salido corriendo y me había brindado la oportunidad. Había sacado disimuladamente mi bote de colchicina, el remedio contra la gota que llevo siempre encima para prevenir sus dolorosos ataques y lo había estrechado oculto en mi mano.

Veinte gotas de la peligrosa medicina hubieran bastado, hubieran saciado mi sed de venganza.

Pero no pude hacerlo. El líquido color miel me había recordado los ojos de Laura. Mi mujer, mi amor...Ella no lo hubiera querido.

Había sido la víctima número doce. Una tarde se fue al pueblo a atender a un familiar enfermo y ya no volvió. Las aguas se la tragaron. Delante de aquel vaso luché enconadamente con todos mis demonios,

mi dolor desgarrado y mi deseo de justicia. Y había logrado ganar. La medicina volvió a mi bolsillo sin ser usada.

Llorando en silencio celebré mi éxito. Mi verdadero éxito. Había logrado salvar mi alma.

2º PREMIO

Título

EL MENÚ DEL PROFETA

Autor

MIGUEL A. BLASCO LÓPEZ

MIGUEL ÁNGEL BLASCO LÓPEZ nació en Zaragoza en 1934. Dr. Ingeniero Industrial en ejercicio profesional libre.

Ha vivido 10 años en Barcelona, 12 en París, 10 en Madrid y el resto en Zaragoza.

2003. *Accésit II Premio de Relatos AIIM*

2004. *1º Premio VII Certamen de Poesía IberCaja*
Finalista VII Certamen de Relatos de IberCaja
2º Premio III Premio de Poesía AIIM
Accésit III Premio de Relatos AIIM

2005. *1º Premio V Concurso de Relatos Cortos*
Leopoldo Alas «Clarín»
2º Premio IV Premio de Relatos AIIM

2009. *1º Premio VIII Premio de Poesía AIIM*
1º Premio VIII Premio de Relatos AIIM

2010. *2º Premio I Premio Ex Novo de Cuentos*
Temática Histórica
Accésit IX Premio de Poesía AIIM

EL MENÚ DEL PROFETA

— ¿USTED GUSTA?

La frase resonó, carente de significado, en mi espíritu adormilado. Al entreabrir los ojos, vi ante mí su brazo tendido que, siguiendo una antigua costumbre ya en desuso, me invitaba a compartir su comida.

No recordaba haberlo visto subir al tren. A decir verdad, tampoco recordaba haber subido yo mismo ni adónde me dirigía. Éramos los únicos viajeros en aquel antiguo vagón con compartimentos de asientos enfrentados.

Alto y corpulento, de rostro descarnado y tez morena, mi acompañante llamaba la atención por la extraña luminosidad de su mirada, dotada de un fulgor rojizo similar al que se observa en algunas fotografías sacadas con flash. Vestía una polvorienta túnica de aspecto oriental, con vagas reminiscencias de antiguos colores, que me hacía recordar las estatuas de apóstoles, antaño polícromas, que pueden admirarse en los pórticos de algunas catedrales. Pero no era admiración, sino miedo, lo que yo sentía al verme

en compañía de tan extraño individuo, más aún si consideraba lo endeble de mi constitución al lado de la suya. Temiendo que pudiera ser peligroso rehusar, acepté su obsequio. Entonces me di cuenta de que no era, como yo había creído, un paquete de comida, sino un pequeño libro titulado Libro de Ezequiel.

—Se lo agradezco mucho, señor —dije con una voz en la que yo mismo reconocía mi medrosa turbación—. Siempre me ha interesado la lectura del Antiguo Testamento. Aunque conozco bastante bien este libro, lo releeré con sumo gusto.

No le mentía. Por mi condición de catedrático de Historia de la Antigüedad, había dedicado muchas horas al estudio de la Biblia y de sus circunstancias históricas.

—No es para leerlo —me contestó, al tiempo que, ante mi asombro, daba un mordisco a su libro arrancándole un buen pedazo—. ¿No quiere probarlo?

—Un poco más tarde. He tomado algo hace unos minutos —le mentí.

Mi intranquilidad comenzaba a transformarse en pavor. Seguía sin saber adónde iba ni por qué había cogido aquel tren. Miraba por la ventanilla y veía un árido panorama ondulado sin rastro de edificaciones ni de vegetación, a pesar de que, a corta distancia, podía distinguirse el serpenteo de lo que parecía ser un río, o tal vez un canal. Pensé que podría leer el nombre de la estación de destino en mi billete, pero, por más que rebusqué en mis bolsillos, no logré dar

con él. «En cualquier caso –me dije– bajaré en la próxima estación, sea cual sea, para perder de vista a este energúmeno».

Entre tanto, mi extraño compañero seguía masticando su libro como si fuese la cosa más natural del mundo. Cuando lo terminó sacó de su bolsa un nuevo envoltorio. Al abrirlo, un hedor insoportable invadió el ambiente. Me costaba creer lo que estaba viendo: era un panecillo oscuro, impregnado con algo, aún más oscuro, que no lograba identificar. Al fin, –por más que mi mente se negaba a aceptarlo– tuve que concluir que se trataba de excrementos.

—Supongo que tampoco querrá usted comer esto –me dijo, haciendo el gesto no consumado de partir el panecillo en dos mitades.

—No, muchas gracias –balbuceé, mientras sentía fuertes náuseas en mi estómago—. Si no le molesta, abriré un poco la ventanilla.

El aire fresco me serenó un poco y me hizo recobrar algo de lucidez. Entonces recordé unos pasajes del Libro de Ezequiel. Hojeé rápidamente el libro y encontré lo que buscaba:

“El Señor me dijo: Hijo del hombre, cómete este libro y ve a hablar a los hijos de Israel. (EZ III-1).”

Y un par de páginas más adelante:

“Lo que comerás será un pan de cebada cocido sobre excrementos humanos. (EZ IV-12).”

Me quedé muy sorprendido por no haber recordado hasta ese momento –lo que constituye una prue-

ba del estado de aturdimiento mental en que me había encontrado— estos pasajes que conocía perfectamente y que incluso había comentado en algunas de mis conferencias.

Comprendí entonces que me encontraba ante un alienado que suplantaba la personalidad del profeta Ezequiel. Al igual que Sherezade en Las mil y una noches, me veía en la necesidad de buscar cualquier pretexto para ganar tiempo hasta que el tren llegase a la primera estación. Afortunadamente, mi conocimiento de la Biblia podía serme particularmente útil en aquella ocasión.

—Perdóneme por no haberle reconocido antes —le dije—. Usted es el gran profeta Ezequiel, hijo de Buzi y autor de uno de los más interesantes libros que se han escrito a lo largo de todos los tiempos. Si usted me lo permite, abusando de su amable compañía, me gustaría que me aclarara algunas dudas.

—Con mucho gusto —me contestó en tono conciliador—. Me resulta particularmente grato encontrarme con una persona conocedora de mi obra, señor Thau, si consiente usted en que le bautice con el símbolo de los elegidos por el Señor.

—Querría preguntarle cómo se puede reconocer al auténtico profeta, iluminado por el Altísimo, entre tantos falsos visionarios a los que usted mismo denuncia en su libro.

—Usted lo ha dicho: porque los verdaderos profetas estamos inspirados por el Altísimo, que habla

por nuestra boca. Y también porque nuestras profecías siempre se cumplen.

—Gran verdad es ésa —repliqué—. Y yo sé que usted es un verdadero profeta porque predijo acertadamente la destrucción de Tiro y la de Jerusalén. Pero resulta que, si bien lo analizamos, nos damos cuenta de que no existe ninguna ciudad de su época que no haya sido arrasada en varias ocasiones a lo largo de los siglos, por lo que un incrédulo de nuestros días podría pensar que tal predicción equivale a anunciar que algún día lloverá o que alguien morirá, lo que, ciertamente, ocurrirá tarde o temprano. Ese mismo incrédulo podría juzgar más dignas de consideración las predicciones de su contemporáneo, el heleno Tales de Mileto, que, aparte de otras proezas, fue el primero en anunciar con éxito el eclipse ocurrido el año 585 antes de nuestra era.

—No sé —me respondió— qué artificios usó ese maldito griego para acertar en su vaticinio, pero, ciertamente, no fue por inspiración divina. Según dicen algunos, se sirvió de cálculos y razonamientos, lo que es suficiente para descalificarlo como profeta. Y le haré notar que aunque su ciencia le permitió anunciar lo que iba a suceder en el cielo, le ocultó lo que ocurría bajo sus pies, ya que, en una ocasión —Platón dejó testimonio escrito de ello—, cuando caminaba ensimismado en su contemplación del firmamento, no se dio cuenta de que se acercaba a un

pozo y cayó en él, rompiéndose algunos huesos en justo castigo a su impiedad.

—Nunca hubiera pensado –comenté, intentando poner en mi cara un gesto de sorpresa que hiciera creer que era la primera vez que oía esa conocida anécdota – que la popular figura del “sabio distraído” tuviera un precursor tan antiguo. Pero debo recordar que no siempre Tales acertó en sus predicciones, pues hubo una ocasión en que el milesio se equivocó de manera estrepitosa.

—No me sorprende –me dijo– tratándose del vaticinio de un falso profeta. ¿Podría usted, señor Thau, darme algunas precisiones acerca de ese hecho que yo desconocía?

—Con mucho gusto, señor Ezequiel –contesté—. Resulta que, a raíz de su predicción del eclipse, la fama de Tales se había extendido por toda la Hélade. Consciente de ello, el milesio arrendó casi todos los molinos de aceite de su comarca y, a continuación, pronosticó que ese año habría una excelente cosecha. Su vaticinio provocó, como él esperaba, una notable subida del precio de arrendamiento de los molinos. Entonces los subarrendó, a un precio muy superior al que había pagado, a las mismas personas a quienes los había arrendado. Aunque esta vez su predicción falló, pues fue una de las peores cosechas del siglo, cuando se pudo comprobar el resultado, el avisado milesio ya había adquirido una considerable fortuna.

—Esta historia —dijo Ezequiel— es más que suficiente para poner de manifiesto el carácter impostor del milesio, y prueba que su acierto en la predicción del eclipse solamente pudo provenir del azar o de alguna diabólica ayuda de Baal.

—Así lo creo yo —le dije—. Pero, si me permite que cambie de tema, debo manifestar que siempre he admirado su maestría en la descripción de sus visiones. Usted fue el creador de un género literario que podríamos llamar apocalíptico o, con términos más actuales, surrealista. Su descripción de la resurrección de los muertos, en la que los huesos se van juntando y recubriendo de nervios y de carne, y su visión de la Gloria de Dios, en la que aparecen esos querubines de cuatro caras con aspecto de toros alados provistos de ojos en sus alas y seguidos en sus movimientos por unas extrañas ruedas también repletas de ojos, contienen todas las esencias del surrealismo: el encuentro del hombre con el misterio, el descrédito de la realidad, la sacralización de lo onírico, y la anulación de la razón para ceder la palabra al yo profundo y escuchar el dictado recóndito del inconsciente. Únicamente el Apocalipsis, alcanza su altura porque, sin duda, san Juan había asimilado perfectamente su libro de profecías, que utilizó como modelo. No es casual por ello que, también a san Juan, un ángel le propusiera comer un libro. Tampoco puede considerarse fortuita la proliferación de espíritus celestes que vemos en el Apoca-

lipsis, ni la presencia de animales con alas repletas de ojos. Todo ello nos permite deducir que André Breton, Luis Buñuel y Salvador Dalí no crearon nada nuevo.

—Tampoco yo —replicó el pretendido profeta— creé nada, puesto que el único creador es el Altísimo. Sé que se han hecho muchas cábalas acerca de los significados ocultos de mis escritos, y debo decir que yo mismo los ignoro. El ser humano, ante la imposibilidad de comunicar realidades inaccesibles a la palabra, utiliza metáforas cuya interpretación corre a cargo de quien recibe la información, sin que exista ninguna evidencia de que dicha interpretación coincida con las intenciones —en el supuesto de que haya alguna— de quien las emitió. Cuanto más ambiguo, incoherente o hermético sea el mensaje, mayor es la diversidad de explicaciones que puede suscitar, y quien lo recibe se encuentra no con quien lo ha emitido, sino consigo mismo. No es por lo tanto extraño que el Señor se sirva de ese mismo medio mediante símbolos dirigidos a esa parte profunda, que ahora llaman el inconsciente, que no atiende a razonamientos, sino a oscuros y secretos impulsos que el Altísimo puso en el espíritu humano. Es así como el Señor infunde un corazón nuevo en el hombre redimido.

—Sin embargo —apunté—, por más que me esfuerzo, no consigo captar el significado profundo ni el símbolo profético del bocadillo relleno de excremen-

tos, a no ser que sea una alusión a la “comida basura” que prolifera en nuestros días.

—Me decepciona usted, señor Thau —dijo el fingido profeta—. Usted debería saber que cualquier explicación desvirtúa la insondable belleza del misterio. Nada es tan hermoso como un interrogante sin respuesta. Pero es que, además, su interpretación es realmente burda y solamente se explica en una persona que, a fuerza de cultivar el razonamiento, tiene la imaginación bastante atrofiada.

Estas palabras me hirieron en mi amor propio. ¿Quién se creía este alucinado individuo para tratarme de ese modo? Tuve, sin embargo, que admitir que, aunque loco de remate, mi interlocutor dominaba su tema y manejaba bien la dialéctica. Su conocimiento del Libro de Ezequiel era, desde luego, bastante superior al que yo mismo tenía. Lo que más me molestaba era que, en el fondo, tenía que darle la razón: mi comentario había sido realmente pueril. Podía haberle dicho, por ejemplo, que la bibliofagia simbolizaba la necesidad de asimilar la palabra divina, haciéndose una misma sustancia con ella, antes de predicarla; o que su imagen de los querubines, más que visión celestial, parecía describir las colosales estatuas de leones o toros alados, a las que llamaban Kirubi, que los asirios colocaban en la entrada de sus templos y palacios.

Mientras divagaba con estos pensamientos, el vagón quedó en varias ocasiones sumergido en la

oscuridad de algunos túneles, lo que reavivó fugazmente mis anteriores temores. Por otra parte, el paisaje seguía siendo el mismo, sin que se viera ningún edificio que pudiera hacer pensar en la proximidad de un poblado. Sin embargo, al comprobar que, pese a la hostilidad que iba adquiriendo nuestro diálogo, la única agresividad mostrada por el presunto Ezequiel era de carácter verbal, volví a tranquilizarme e incluso me permití adoptar un tono más mordaz:

—Si entiendo bien, el Altísimo que a usted le inspira es surrealista.

—Llámelo así, si por ello entiende el hecho de dirigirse mediante metáforas a aquella parte del espíritu humano que no está corrompida por el razonamiento.

—¿Y no podría ocurrir –insistí– que el propio Yahvé fuera una metáfora?

—No veo adónde quiere usted llegar. ¿Una metáfora de qué?

—De la nostalgia de infinito que siente el hombre; de su afán de inmortalidad; de la conciencia de sus propias limitaciones, que le hace proyectar en un ser ideal todas sus carencias; de su anhelo por encontrar una respuesta al enigma inexplicable de la existencia.

—Creo, señor Thau, que usted es de los que utilizan demasiado las sutilezas deductivas del razonamiento, y le advierto que por ese camino nunca se alcanza la verdad. El Altísimo no razona: conoce la

verdad en directo. Y por encima de todo, aborrece esa diabólica forma de pensamiento a la que llaman ciencia, que pretende arrebatárle sus prerrogativas de forjador de rayos, amontonador de nubes, hacedor de lluvias y apaciguador de tempestades. Usted, como historiador, está acostumbrado a desmenuzar, contrastar y analizar los hechos, esperando alcanzar la verdad por ese camino. Pero se equivoca: al descomponerla en fragmentos, usted destruye la verdad y encuentra solamente sus despojos. Es como querer descubrir la vida estudiando los cadáveres.

—Sólo intento encontrar argumentos para oponer a los incrédulos.

—Los argumentos, señor Thau, no sirven para nada. El incrédulo nunca se dejará convencer por ellos. La fe es un don reservado para los elegidos.

—De acuerdo, pero permítame una última pregunta: si Yahvé es, como sabemos, todopoderoso, ¿qué necesidad tiene de recurrir a intermediarios para proclamar su verdad? ¿No sería más lógico que la comunicara directamente, y medios no deben de faltarle para ello, de forma que no cupieran sospechas acerca de la autenticidad de sus mensajes?

«Esta vez –pensé– le he asestado la estocada mortal. Veremos cuál es su repuesta, si encuentra alguna». Pero poco duró mi sensación de victoria al oírle decir:

—Señor Thau: dejémonos de metáforas. Usted se cree muy inteligente y piensa que no soy el profeta

Ezequiel, sino un trastornado mental que se hace pasar por él. Desde el principio he visto el temor en su mirada y sé que solamente intenta ganar algo de tiempo con sus estúpidas preguntas para evitar no sé qué amenaza que ve en mí, esperando que este tren llegue a la próxima estación. Pero le voy a decir algo que usted no imagina: este tren nunca llegará a ninguna estación, de la misma forma que no ha salido de ninguna.

—¿No había dicho usted –pregunté– que íbamos a abandonar las metáforas?

—Exactamente –me respondió–. El problema es que la metáfora es usted.

—No lo entiendo. ¿Acaso no soy real?

—Lo es, pero únicamente en el ámbito de mi visión profética. La visión del profeta no es, como algunos pretenden, una alucinación, sino una realidad desplazada en el tiempo. El Altísimo tiene la potestad de trasladar ciertas situaciones de una época a otra, aunque reserva esta facultad para comunicarse con sus profetas. Así es como me ha concedido esta visión para que compruebe el grado de degeneración del hombre futuro como consecuencia de su funesta proclividad al raciocinio, y para que pueda así alertar al pueblo de Israel contra ese grave peligro.

—¿De qué hombre futuro está hablando?

—¿Es que no entiende nada? Estoy hablando de usted. ¿En qué año cree que estamos?

—En el 2011, naturalmente. Puede usted comprobar la fecha en ese periódico que he traído conmigo.

—Ése es, en efecto, el año en que se sitúa mi visión. Pero en realidad estamos en el año 572 antes de la llegada del Mesías, en el país de los caldeos, junto al río Quebar, al sur de Babilonia. El eclipse que hizo famoso a Tales de Mileto ocurrió hace solamente una docena de años.

—Ahora sí que ya no me queda ninguna duda de que está usted completamente loco.

—¿Me creerá usted si hago una profecía inmediatamente comprobable? Dentro de pocos segundos, este tren entrará en un túnel y...

—Eso tiene poco de profecía –le interrumpí—. Acabamos de atravesar varios túneles y no tendría nada de extraño que hubiera alguno más.

—No me ha dejado terminar –me replicó, en un tono algo más agrio—. He dicho que vamos a entrar en un túnel y le iba a decir que ya no saldremos de él.

—¿Está profetizando un accidente? ¿O que el tren va a detenerse en mitad del túnel?

—Decididamente, usted es corto de entendederas. Lo que le estoy diciendo, y usted se obstina en no querer comprenderlo, es que mi visión profética se va a terminar. Yo seguiré en Babilonia, junto al río Quebar, y usted desaparecerá y tendrá que esperar veinticinco siglos para volver a existir.

Remató sus últimas palabras con una sonora carcajada. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo cuando

la oscuridad del túnel invadió el vagón. Sentí cómo el traqueteo se iba desvaneciendo poco a poco hasta llegar a un silencio casi absoluto en el que solamente se percibía, cada vez más lejana, la risa de Ezequiel. Noté cómo mis sensaciones se diluían. Incluso el hedor provocado por el repugnante menú del profeta llegó a esfumarse por completo. Únicamente mi mente conservaba alguna lucidez, pero cada vez se me hacía más fatigoso el simple hecho de pensar.

Sintiendo próximo mi desvanecimiento, hice un último esfuerzo: Tengo que grabar esto en mi memoria –me decía –; tengo que grabarlo... para poder acordarme y contarlo... dentro de dos mil seiscientos años..., cuando salga... de este maldito túnel..., aunque nadie me creerá..., por lo que lo escribiré..., y puede... que lo... presente... a un... concurso... ... liter... ..

ACCÉSIT 1º

Título

DON MIGUEL Y EL FANTASMA
DE LA DÉCIMA DIMENSIÓN

Autor

JOSÉ LUIS SEVILLANO FDEZ.

JOSÉ LUIS SEVILLANO nació en Madrid el 28 de Diciembre de 1934. Doctor Ingeniero Industrial por la EEII de Madrid, acabó la carrera el año 1962 formando parte de la Promoción 105. Desarrolló sus actividades profesionales en la industria petroquímica de Tarragona, jubilándose como Director de Productos Químicos de Shell España a finales de 1994. Está casado y es padre de cuatro hijos y abuelo de cinco nietos.

La jubilación le permitió recuperar una vieja vocación: la escritura. Ha participado en certámenes literarios, consiguiendo varios premios, entre otros el Premio de Narración Corta Felipe Trigo (XX edición).

Los galardones conseguidos, además de concederle cierto halo de inmerecida importancia entre familiares y amigos, le han causado siempre una gran perplejidad. Pero le han hecho feliz.

DON MIGUEL Y EL FANTASMA DE LA DÉCIMA DIMENSIÓN

NUNCA HE CREÍDO EN FANTASMAS. Pero a punto estuve de creerlo a pies juntillas. Todo se debió al relato que cierto individuo me refirió en el bar de una estación de servicio de carretera, mientras esperaba tomando un café a que cambiasen en el taller la junta de culata de mi coche. Se llamaba Miguel. Iba bastante mal trajeado, con aspecto de andar a coscorrones con la vida y a partir un piñón con el alcohol. Ignoro por qué me escogió a mí. Quizás yo fuera el único de los presentes al que todavía no se lo había contado. Claro que, salvo él y el hombre con cara de pocos amigos que secaba vasos detrás de la barra, el único presente era yo. Debió de ver en mi actitud, revolviendo el café como si quisiera disolver todo el azúcar del mundo, que disponía de mucho tiempo. El caso es que se separó del mostrador y vino a mi mesa. Andaba escarranchado, como si estuviera recién capado. Me pidió permiso para sentarse, lo hizo sin esperar respuesta y pidió al camarero un doble de coñac. Me

sorprendió el tono educado de su voz. Deduje que tanto él como su vestimenta habían conocido tiempos mejores. Vacío la copa de un trago y me observó en silencio durante unos instantes. Luego, se inclinó hacia delante, echó mano a uno de mis antebrazos y entró en materia.

—¿Usted cree en fantasmas? —la pregunta llegó envuelta en una nubecilla de coñac. La mano de uñas ala de cuervo apretaba como unos alicates.

—Ni sí ni no —hay mucho loco suelto.

—Pues existen. Se lo digo yo —le brillaban los ojos.

Supe que se moría por contarme algo y que yo no podría impedirselo si quería conservar el brazo. Aparentaba unos cincuenta años, aunque bien podrían ser treinta mal llevados. Y tenía una fuerza inquietante.

—Si tiene usted algo que contarme, empiece. Pero suélteme, haga el favor. No es que sea un brazo del otro jueves, pero me gustaría conservarlo.

Me soltó, respiré con alivio, terminé de un sorbo mi café y me dispuse a escuchar.

“Cuando murió Mariano nada hacía presumir que deseara volver a vernos. Recuerdo que lo último que nos dijo, momentos antes de expirar, fue: “adiós, Miguel, adiós Matilde”. No dijo “hasta la vista” ni “hasta pronto” ni cualquier otro “hasta” que pudiera sugerir la idea preconcebida de regresar a este mundo. Así que, cuando salimos del cementerio, no

56 dudamos ni por un momento que el amigo que ve-

níamos de enterrar se quedaría repartido para toda la eternidad entre la fosa y donde quiera que hubiese ido su espíritu”.

“Mariano vivió soltero, compartió su soltería con Matilde y conmigo hasta sobrepasar de largo los límites de la impertinencia, y murió, prácticamente en nuestros brazos, tan célibe como cuando nació. Llevábamos por entonces diez años de casados y todavía no habíamos tenido hijos. Los médicos no habían descubierto signo alguno de debilidad en mis espermatozoides. Por el contrario, los encontraron retozones y revoltosos como ellos solos. Los óvulos de Matilde también resultaron ser de primerísima calidad y sus trompas de Falopio los ponían en circulación con escrupulosa regularidad durante los días fértiles de cada ciclo. Los especialistas se mostraban perplejos. Algunos se atrevieron a sugerir que quizás yo sufriese de algún tipo de inhibición psicológica, “sin duda extraño en alguien casado con una mujer tan espléndida” –añadían con retintín–, que me impedía llevar el acto reproductor hasta sus últimas consecuencias. Cuando, poniendo a Matilde y al contenido de un frasquito por testigos, les convencí de que estaban equivocados, me aconsejaron que lo siguiese intentando con toda la frecuencia posible –“¡vaya suerte tiene usted!”– y el mayor entusiasmo”.

“Sólo mi suegra, bruja, redicha y más que mala, me atribuía por entero la esterilidad, debida –según calumniosamente aseguraba– “a la inmoderada in-

clinación al tabaco, al alcohol, a las noches de amigos y depravación y a la práctica desmedida de la cópula extraconyugal”. Nada más lejos de la verdad. Siempre he sido un hombre de vida ordenada y, salvo la arpía de mi suegra, nadie se atrevería a acusarme de ser un disoluto y de la merma de facultades que tal comportamiento conlleva”.

“No. El único culpable era Mariano. Su soltería no respondía ni al egoísmo, ni a la misoginia, ni a la desviación de sus preferencias sexuales. Nada de eso. Mariano era muy sociable, sus conquistas se contaban a puñados y era generoso hasta dejarlo de sobra. Suyo fue el mejor regalo de nuestra boda y suyos fueron los mejores, y con frecuencia los únicos, en todos nuestros cumpleaños, santos y aniversarios. Llevaba las fechas apuntadas en una agenda y no se olvidaba jamás. Hasta en el Día de los Enamorados nos obsequiaba Mariano. Pero, repito que por su culpa, nunca nos felicitó ni regaló nada los Días del Padre y de la Madre”.

“Mariano aparecía por casa a todas horas, siempre dispuesto a cambiar las bombillas fundidas, a mover muebles de sitio y a hacer de canguro de los niños, si los hubiésemos tenido. Matilde opinaba que era un pesado pero le decía que se quedase a cenar y le hacía torrijas, que le gustaban mucho. No sé cómo se las arreglaba, pero llegaba invariablemente con los últimos compases de nuestra sinfonía conyugal. Tenía la llave del piso, que no nos había devuelto desde

que se la dejamos para que regase las plantas durante la luna de miel, y nunca avisaba de sus visitas. Se acercaba con el sigilo de una víbora cornuda hasta la puerta del dormitorio y la aporreaba vociferando su habitual “¡¡¡ya está aquí el amigo para todo, es hora de levantarse, holgazanes!!!” y, demasiado tarde para reprimirlos, nos veíamos obligados a poner sordina a nuestros gorgoritos. Ante tanto sobresalto, no es de extrañar que los óvulos de primerísima calidad de Matilde y mis sanísimos renacuajos desarrollaran un mutuo sentimiento de repulsa, y que huyesen en direcciones opuestas sin haber establecido, ni de lejos, el contacto necesario para la fecundación”.

“A pesar de todo, Mariano se hacía querer. Éramos amigos desde el primer curso de la Facultad y vivió mi noviazgo con Matilde con más intensidad si cabe que nosotros. Recuerdo que tuve que aprovechar una ocasión en que Mariano cayó enfermo para declararme y le tenía que mandar a por tabaco para poderla besar. Le extrañaba, porque yo entonces no fumaba, pero iba al estanco a la carrera y nos teníamos que besar a toda prisa, con los ojos abiertos para verle llegar. Mariano se hizo un fumador empedernido, cuatro besos al día. Me sentí culpable de la enfermedad que le llevó a la tumba. Cáncer de pulmón.”

“Ni que decir tiene que fue testigo de nuestra boda. El único que lloró de felicidad. Enarboló el pañuelo de despedida cuando el tren partió rumbo al viaje

de novios y todavía lo mantenía en alto cuando le perdimos de vista. Un telegrama nos esperaba en la recepción del hotel y un ramo de flores en la habitación. Los dos de Mariano. Cuando la monísima ropita interior de Matilde hacía tiempo que se entregaba ardorosamente a mi elegantísimo pijama, el teléfono. Mariano. Más flores al desayuno. Mariano. Champán de parte de un amigo, la noche siguiente. Mariano. París fue una extraña mezcolanza de torre Eiffel y Mariano, Place Pigalle y Mariano, Riviere Gauche y Mariano, Louvre y Mariano. Y, a nuestro regreso, en el andén estaban Mariano y su pañuelo, como si hubiese permanecido allí desde que intentamos apartarnos de él, casi un mes antes”.

“Mariano se me apareció –¡cómo no!– en el momento cumbre de la aplicación a Matilde de la terapia ordenada por los médicos. Se materializó sobre la cabecera de la cama y, a la vista de mis trémulas nalgas, volvió la cabeza y desapareció a través del cuadro que adornaba la pared, precisamente el que nos regaló en nuestro primer aniversario. Matilde no le había visto. Siempre cerraba los ojos cuando emitía el acorde final y enseguida se quedaba dormida. Me levanté sin despertarla y, poniéndome el pijama, me dirigí a la sala. Allí estaba. Yo siempre había creído que los espíritus se aparecían cubiertos de sábanas, con una vela en la mano, algunas veces con la calavera al aire y luz saliendo de las órbitas vacías, en ocasiones emitiendo aullidos escalofriantes y arrastrando cadenas

e, incluso, con el fulgor fosforescente de las agujas de un despertador. Pues no. Mariano se me apareció en vaqueros y camisa a cuadros. Sentado en una barra de columpio, dorada y con los extremos en forma de alcachofa. Columpiándose suavemente, asido con las manos a unas cuerdas invisibles. Suspendido en el aire, como evidencia, a falta de otra más convencional, de que venía a visitarme desde un plano sobrenatural. Más estupefacto que asustado, me dejé caer en mi sillón favorito”.

—“Perdona –dijo–. Puedo atravesar las paredes, pero no veo lo que hay detrás”.

—“Podrías haber llamado –dije–. Siempre llamas”.

—“Es inútil. Soy inmaterial y no sueño. ¿No tendrás un cigarrillo? –preguntó–. Donde estoy no dejan fumar”.

—“Toma –recordé lo gran fumador que había sido Mariano. Le alargué un pitillo y yo me puse otro en la boca.

—“No, enciéndemelo tú. Si me suelto del columpio, me caigo –miré las manos agarradas al aire. Se lo encendí y lo sujetó entre los dientes–. Sólo puedo usar los dientes. Es lo único que se hace sólido al materializarme. Todo lo demás es ectoplasma, puro ectoplasma –dio una larga chupada. Pronto estuvo envuelto en una nube de humo–. Me lo temía. Se sale. Pero ¡qué bien sabe...!”.

—“Has engordado –dije. Era verdad. Le recorda-

ba consumido por la enfermedad, con los miembros sarmentosos y la piel de la cara, sólo ojos y dientes, pegada a los huesos”.

—“La masa media de los últimos cinco años –dijo–. Así se calcula la envoltura de ectoplasma”.

“Esperé en silencio a que terminase el cigarrillo. El espectro, aparición, fantasma o lo que fuese la forma de materialización adoptada por Mariano, había desaparecido entre el humo. Sólo se veía una de las manos, presionando con los nudillos blancos la cuerda invisible. Tosió. Una tos cavernosa, pero nada del otro mundo. La típica tos de Mariano”.

“Poco a poco la neblina se fue disipando y Mariano reapareció. Exhaló un suspiro de placer y me hizo señas de que le quitase la colilla de la boca. Estaba completamente consumida y percibí un tufillo acre, que atribuí a la combustión del ectoplasma bucal”.

—“¿Qué es de tu vida? –demasiado tarde, me di cuenta de lo impropio de la pregunta–. Quiero decir, ¿cómo te va? ¿Dónde haces qué venido quieres cómo fantasma sientes te encuentras...? –callé. Tendría que poner en orden las palabras si quería que Mariano se enterase de algo”.

—“Te he entendido perfectamente –dijo con una sonrisa condescendiente–. Lo primero que hacemos es aprender a leer el pensamiento. Siempre asustamos, sobre todo al principio. Y a los mortales, cuando se asustan, no hay quien les entienda”.

pellizco en el brazo. Aquello tenía que ser un sueño. Estaba seguro de que me despertaría aferrado como una cría de chimpancé a la espalda de Matilde. Casi me arranco medio antebrazo, pero los ronquidos de Matilde seguían llegando difuminados por la distancia a través de la puerta y el espíritu de Mariano continuaba meciéndose delante de mí con una sonrisa socarrona”.

—“No insistas. Vas a acabar haciéndote daño. Soy real. Bueno, todo lo real que se puede ser, dadas las circunstancias. Estoy bien, pero os echo mucho de menos. Los seres de por aquí no son como vosotros –siguió hablando con los ojos bajos–. Viajamos mucho. Nos mandan a arreglar cosas”.

—“¿Vas a arreglar algo aquí? –todos los electrodomésticos estaban recién revisados y funcionaban a la perfección. Los grifos iban que daba gusto verlos correr y las ventanas encajaban como las portezuelas de un automóvil”.

—“He venido a veros –parecía violento. Supe que estaba mintiendo–. Pasaba por aquí y me dije...”

—“¿Para qué has venido? –le interrumpí–. Ningún espíritu se aparece porque sí”.

—“¿Es que no te alegras de verme? –se mostraba ofendido–. Ya te lo he dicho. Os echaba mucho de menos, y punto”.

—“Sigues sin contestarme –dije”.

—“¿Y Matilde? –preguntó, sin hacerme caso”.

“Recordé cómo la había visto hacía un momento

y la pregunta me cogió a contrapié. Estaba confuso y no sabía si debía enfurecerme”.

—“Ya lo has visto. Bien –dije con sequedad–. Como siempre”.

—“Hacéis una pareja encantadora –sonrió dulcemente–. Es una pena que no tengáis hijos. Sobre todo ahora, que ya no me tenéis a mí”.

—“Ya vendrán –dije. Sentí un irresistible impulso de mostrarme cruel y empleé el más sarcástico de los retintines–. Sobre todo ahora, que ya no te tenemos a tí”.

“Aparentemente, no se dio por aludido. Se quitó con un gesto coqueto un mechón de pelo pajizo que se había deslizado por la frente y se giró hacia el espejo del aparador”.

—“Siempre se me olvida. No me reflejo. Nunca he podido ver el aspecto que tengo”.

“Ignoro lo que me indujo a mirarle con simpatía. Sería la fuerza de la costumbre. Estaba a punto de decirle que para fantasma estaba muy bien, pero se me adelantó”.

—“Me temo que debo marcharme. Dentro de cinco minutos he de estar en Southampton. Inglaterra, ya sabes –dijo con cara de importante–. Otro matrimonio con problemas. Volveré. Y gracias por el piropo”.

“No me dio tiempo a intervenir. Ya no estaba. No pude pegar ojo el resto de la noche. Las últimas palabras del espectro de Mariano me golpeaban el cerebro como un martillo nervioso. Otro matrimonio

con problemas, otro matrimonio con problemas...”

“ —Hoy me ha visitado el fantasma de Mariano. Me ha preguntado por ti”.

“Había esperado hasta bien entrada la mañana para decírselo. Estaba a punto de salir, con el bolso colgado del brazo y embutida en un traje de chaqueta elegante y respingón”

— “¿Ah, sí? ¡Qué cosas!, ¿no? —o no me creyó o le traía sin cuidado, porque puso cara de patata y siguió caminando hacia la puerta. No me extrañó su reacción. Ni cuando volvía a contárselo cada vez que Mariano se me aparecía, colgado de su columpio.

En más de una ocasión ya estaba allí cuando yo regresaba a casa. Por lo que me iba contando, deduje que Mariano no se encontraba en ningún lugar concreto, sino en lo que se podría llamar un estado de consciencia inmaterial, sólo tangible para los residentes en el mismo plano irreal. Llegaban a los lugares donde se requería su ayuda a través de viajes casi intemporales (“en todo espacio decadimensional como el nuestro” —me había explicado durante una de sus visitas, aunque entonces no le entendí— “cualquier proceso sicocinéticovegetativo tiene una duración mucho menor que en el mundo real”) y no comían ni dormían, aunque quedaban periódicamente sumidos en cortos estados de sopor, de los que salían descansados y fortalecidos”.

“Siempre se despedía para ir a algún sitio a arre-

glar cosas, después de fumarse un par de cigarrillos. En más de una ocasión le sorprendí mirándome con una expresión cuyo significado no supe descifrar. Como si sintiese pena por mí. Una pena impregnada de amistad”.

“Cuando empezaba a acostumbrarme a sus visitas, todo acabó. Un mes exacto después de su primera aparición, Mariano se despidió anunciándome que ya tendría noticias tuyas.

—“Ya he terminado lo que vine a hacer —dijo, antes de desaparecer—. Otros asuntos me reclaman. Ya tendrás noticias mías. Gracias por el tabaco”.

“Me quedé pensando en qué habría hecho Mariano haciendo lo que vino a hacer y me sobrevino la sensación de tener un tocho de hierro sobre la boca del estómago. Cumplió su promesa y ya no volvió a aparecer. Hasta la última vez”.

“Empecé a percibir que Matilde estaba cada día más lánguida y distante. Apenas comía y, cuando lo hacía, toda la energía se le iba en suspiros. De nada me valía interesarme por su estado, pues contestaba con evasivas, como si tuviese la mente en algún lugar remoto completamente fuera de mi alcance. Marmórea, ingrávida y anoréxica. Aquejada de vejez prematura. Unas profundas ojeras eran los únicos trazos de color en una cara blanca como la pared. Extrañamente, los ojos parecían rejuvenecer. Brillaban como poseídos de expectativas inexplicables. Cuando ya no tenía fuerzas ni para

negarse –siempre lo hacía– la llevé a un centro médico”.

“Después de someterla a un minucioso reconocimiento, el médico me susurró que quería hablar conmigo a solas. Le seguí hasta su despacho. Me hizo sentar. Desde el otro lado de la mesa, sus ojos me miraban con gravedad”.

—“No he encontrado nada que lo justifique –dijo– , pero tiene una anemia aguda y la presión arterial por los suelos. Su estado general, no se lo quiero ocultar, es alarmante”.

—“¿Qué se puede hacer? –pregunté. Estaba aterrado”.

“Escribió algo en un papel y me miró por encima de las gafas”.

—“Le daremos un complejo vitamínico. Quizás le convenga cambiar de aires. Playa. Descanso. Mucho sol –lo estaba diciendo sin convicción alguna”.

—“Y yo, ¿cómo puedo ayudarla?”

—“Cariño. Comprensión. Usted la conoce mejor que nadie. Dosis masivas de ilusión. De ganas de vivir. En su caso, probablemente lo que más necesita”.

“Salí de la consulta llevando casi a rastras a Matilde, cuyo vestido flotaba en el aire como un globo desinflado. Mi corazón bailaba con la angustia”.

“Se negó a ir a la playa. Se negó a tomar las píldoras. Se negó a vivir. Cuando, apenas dos meses después de que aparecieran los primeros síntomas de su extraña enfermedad, le cerré los ojos, brillaban

como los de una niña en la noche de Reyes”.

“Mariano se me apareció una semana después. Pero no estaba solo. A su lado, sentada en la misma barra de columpio, estaba el espíritu de Matilde. Un espíritu gordezuelo y tremendamente embarazado”.

—“Nunca fallo –dijo el espíritu de Mariano–. Ya ves, resolví el problema”.

—“Lo esperamos para mañana –dijo Matilde–. Es niño”.

—“El tiempo aquí, ya sabes... –dijo Mariano”.

—“Le pondremos Miguel –sonrió Matilde”.

—“Como tú –remachó Mariano”.

—“¡Fíjate qué bien! –concluyó Matilde–. Pronto seremos cuatro”.

“Se cogieron de las manos, mirándose tiernamente a los ojos. Parecían muy felices. Al ver la expresión de mi cara, desaparecieron. Para siempre”.

Calló. Me di cuenta de que no le había interrumpido ni en una sola ocasión. Tampoco él se había dirigido a mí en ningún momento. Pensé que se lo había contado a sí mismo. Seguramente por enésima vez.

—Ya hemos terminado con su coche. Puede venir a recogerlo cuando quiera –el mecánico había asomado la cabeza por la puerta.

Me levanté, pagué y regresé a la mesa para despedirme de aquel pobre hombre.

—Adiós –le extendí la mano.

68 Me quedé con la mano en el aire. No me estaba

viendo. Ni oyendo. Salí.

—Le he visto con don Miguel. En su día un abogado de prestigio. Supongo que le habrá contado la historia de su amigo el fantasma —me dijo el mecánico—. Se la cuenta a todo el mundo.

—Sí. Y lo hace muy bien. Como si hubiera sucedido de verdad.

—¡Quiá! Ese está tocado desde que se le marchó la mujer con su mejor amigo. Hace un par de años. Parecían tener mucha prisa. Se mataron los dos, lo que son las cosas.

—¡Pobre hombre! Parece hundido. Él sí que anda como un alma en pena.

—¿Cómo quiere usted que ande? A poco de quedarse viudo se la cortó con unas tijeras de podar. Casi la palma.

—Debía de ser muy guapa.

—¿¡Qué dice!?! Fea y antipática como ella sola. Un callo, que se lo digo yo.

—Hay gustos para todo.

—Será eso.

Tres horas después estaba en casa. Recordé que yo tampoco tenía hijos y me estremecí. Menos mal que no estoy casado. Por si acaso, pasé a todo correr frente a la puerta del cuarto trastero. Nunca se sabe.

ACCÉSIT 2º

Título

SIN PUERTAS

Autor

JOSÉ M^a SANZ VICENTE-MAZARIEGOS

JOSÉ MARÍA SÁEZ VICENTE-MAZARIEGOS nació en Madrid, está casado y tiene tres hijas. Ingeniero Industrial por la ETSIIM, ha desarrollado toda su carrera profesional en el mundo de la energía, en todas sus ramas: desde la ingeniería de procesos hasta la regulación, pasando por inspección y control de calidad, auditoría, distribución y comercialización.

SIN PUERTAS

—MI MUJER DECIDIÓ PINTAR de blanco las puertas de casa. Las de las habitaciones y las de los baños; todas ellas. Ciertamente no teníamos unas puertas bonitas. Seguramente eran las que montarían al construir la casa, hace 20 años; puertas baratitas, marrones, de contrachapado, sin ninguna gracia, ya sabe. Mi mujer quería cambiarlas por unas puertas blancas, macizas, que había visto en casa de unos amigos. Muy bonitas, realmente. Pidió las señas del carpintero y le llamó. El presupuesto que nos envió se salía completamente de lo que queríamos pagar, así que el proyecto quedó aparcado... —Tras una pausa añadió—. Pero no es mi mujer de las que se rinde, ni mucho menos, de modo que las ganas de cambiar de puertas seguían ahí, dando vueltas en su cabeza. Un día alguien le sugirió que las pintase, una solución mucho más barata, claro está. Así que estuvo investigando cómo hacerlo. No se crea usted que la cosa es tan fácil. Para que quede bien, no vale con una pintura cualquiera, de las que se aplican con brocha en un rato y ya está, porque para eso

casi te quedas como estás. Lo suyo es un buen lacado, de taller. Con la cosa clara, buscó quién podría hacernos el trabajo, y lo encontró. Le llamó y le encargó el trabajo. Así que el hombre vino ayer por la mañana, sacó todas las puertas de su sitio, las colocó en su camioneta, y se las llevó. Al regresar a casa al final de la tarde me encontré con que la única puerta que quedaba en su sitio era la de entrada. Una vez esta traspasada, se podía recorrer todo nuestro hogar sin necesidad de actuar sobre ningún pomo, notando una extraña sensación de desnudez. Pensé qué diferente es una puerta abierta de un marco sin puerta. A todos en casa nos pareció divertida la situación: toda la casa era una sola habitación, eso sí, intrincada y estúpida. ¿Por qué dar esa vuelta que hay que dar a través del pasillo para ir del salón a la cocina? Total, si cocina y salón son parte de una sola estancia, mejor tirar abajo esta pared que se inmiscuye en medio ¿no? Como puede usted imaginar, las bromas más numerosas corrieron alrededor del uso de los baños. La pequeña, adolescente claro, no veía nada divertido en tener que ducharse así, a la vista de cualquiera que pasase. El mayor, gamberro como siempre, aprovechó para martirizarla detallando todo tipo de planes que le venían a la cabeza para la ocasión. La cena ya fue rara. Como siempre cenamos en la cocina, lugar mucho más acogedor que el comedor. En todas las casas me parece a mí que la cocina es un lugar más acogedor para comer que el

comedor. El plato ya llega a la mesa lleno, oliendo, caliente; no tiene que esperar vacío a que aparezca la fuente. Desde el primer momento el olor de la comida invade el ambiente, y eso hace que el cuerpo en su totalidad se programe para la actividad de comer. En la cocina no hay servicio: cada uno se levanta a por lo suyo, y puede pedir que le pongan más, o le pongan menos. Hay una danza previa que enriquece el momento y lo hace más divertido ¿no cree?

—Nunca lo había pensado —le respondí con cierta rudeza. Me parecía que aquel era un caso claro, y quería volverme pronto a casa, para poder dormir un rato más—. Me decía usted que la cena fue rara. ¿Por qué?

—Sí, fue rara porque, aunque como le estaba contando, el olor de la comida se movía como siempre a sus anchas, y nosotros nos levantamos a por lo nuestro, y todo lo demás, la falta de la puerta que debía separar la cocina, tan cálida y acogedora, del pasillo, más oscuro, vacío, creaba una sensación extraña de desasosiego, como si, en ausencia de la barrera habitual, ojos flotantes nos observasen desde la penumbra. Pregunté a mi mujer y a mis hijos si no sentían nada así, pero se rieron de mí, tomándolo como una de mis bromas. Pero no lo era —y quedó en silencio, mientras una mueca, que me pareció de miedo, le apareció en el rostro.

—Por favor, continúe. Explíqueme con más detalle que es eso que usted sentía.

—Bueno, como le decía, me pareció que al otro lado del hueco sin puerta había algo; mejor, había alguien. No personas, ni fantasmas, sino algo distinto de nosotros, que nos observaba. Al principio pensé que eran miradas. Ya sabe, a veces siente uno en la espalda una mirada, se vuelve y no hay nadie, pero la mirada la sintió sin ninguna duda. Normalmente pensamos en una falsa sensación. Eso cree la gente; también yo creía eso. Ahora tengo la certeza de que hay miradas que perviven desaparecidos los ojos que las crearon.

—¿Miradas que perviven en el aire? ¿Cómo esos sonidos en viejas mansiones deshabitadas?

—Sí, ese es un buen ejemplo— y se quedó callado y pensativo, durante algunos instantes. Súbitamente sus ojos brillaron, y comenzó a hablar—. Pero ¿qué ocurriría si esos sonidos, desaparecida la fuente, no sólo permaneciesen, sino que fuesen recorriendo su propio camino? Imagine una conversación mantenida entre dos amantes hace cien años. Imagine que usted registra, con su magnetofón, promesas de amor eterno. Y de pronto, la conversación toma un rumbo inesperado: los piropos se convierten en acusaciones de infidelidad. Imagine finalmente que, no importa el modo, usted tiene la certeza de que las promesas de amor fueron dichas, pero las acusaciones no. Habría ocurrido que la conversación, que las voces de los amantes, siguieron su propio camino, al margen de ellos. A eso es a lo que me refiero.

—Reconocerá usted que no es fácil de creer.

—Sin duda, lo reconozco. Pero podría ser así: sonidos, palabras, olores, miradas. De hecho me temo que es así. Quizás incluso pensamientos y deseos... —otra pausa—. Y por eso me encuentro como me encuentro.

—¿Qué ocurrió después de la cena? Se fueron a dormir, me imagino.

—Bueno, fuimos los cuatro un rato al cuarto de estar, a ver la televisión. Eso me tranquilizó. El sonido y las imágenes continuamente cambiantes, impedían notar nada que hubiera fuera de la habitación. Me tranquilizó hasta hacerme pensar que lo ocurrido en la cocina había sido una tontería, una mala pasada de mi imaginación. ¡Hasta se me fue de la cabeza!

—¿Y después?

—Luego nos fuimos a la cama, con la rutina de cada día: cepillar los dientes, el pijama, un poco de lectura en mi caso ... Mi mujer se mete en la cama y se queda dormida, o —con una sonrisa— se cree que se queda dormida: seguro que sigue dándole y dándole vueltas a las ideas que tuvo, y que aún no ha llevado a cabo. Yo leo un poco, muy poco porque en menos de dos páginas caigo. Esa noche, sin embargo, no me llegaba el sueño. Por inercia dejé el libro en la mesilla de noche, me recosté sobre la almohada y cerré los ojos, pero el sueño no llegaba. No paraba de oír ruidos, sin saber si eran de fuera o de

dentro de mi cabeza, si eran imaginados o reales. De pronto escuché alguien andando en el pasillo. Desde mi lugar en la cama veo la puerta del dormitorio, y esa noche, sin puertas, el pasillo. Era mi hijo que pasaba, de la cocina hacia su cuarto, Probablemente había ido a beber agua, o a coger algo de la nevera. Me extrañó no haberle notado a la ida, pero no le di importancia. Dos minutos después se repitió lo mismo. Esta vez me fijé mejor, y vi que el chico iba vestido de calle, no en pijama. Y además de nuevo de la cocina hacia su habitación. En esta ocasión estaba seguro de que no había hecho el camino de ida. Era inexplicable, pero no lo había hecho. Unos minutos después escuché la voz de mi mujer, llamando a nuestra hija, y llamándola Bolita, que es como la llamábamos de pequeña, hasta los doce o catorce años, hasta que entró en la adolescencia, y ya no soportaba ningún diminutivo. Volví la cabeza y mi mujer estaba allí, a mi lado, durmiendo sin ninguna duda. Verla junto a mí y a la vez oírla llamando a la niña me dejó paralizado. Traté de darme una explicación sensata, desde encontrarme en un extraño duermevela hasta estar asomado a un agujero de gusano.

—¿Asomado a dónde?

—Asomado a un agujero de gusano. Es un fenómeno físico que permite trasladarse en un instante por el espacio y por el tiempo. En el fondo, la mejor explicación a lo que yo estaba viviendo.

— Bueno, es aún sólo una teoría física, pero eso no significa que no existan. —Y con una sonrisa, añadió— No crea usted que la Ley de la Gravedad sólo empezó a funcionar cuando la formuló Newton.

— Sigamos, si le parece ¿Su mujer seguía durmiendo, me dice?

— Sí, así es.

— Qué raro ¿no? Parecería lógico que se despertase con todo ese movimiento en el pasillo.

El hombre puso una cara de tremendo desánimo para responder:

— ¿Sabe lo peor de todo? Ver algo ... No, mejor: vivir algo que nadie a tu alrededor vive. En el sentido estricto de la palabra; no me refiero a sentir, sino a vivir.

De nuevo quedó en silencio, con la mirada atravesándome y atravesando la pared detrás mía, y más allá. Hablaba de tal modo que empecé a dudar en mi primer y fácil diagnóstico de paranoia. He tratado muchas personas con esta enfermedad, y siempre, al hablar con ellos, se reconocen con facilidad lagunas que en este caso, después de un buen rato de conversación, no era yo capaz de ver. Y más importante que eso: este hombre, a cada momento, mostraba su propio asombro por lo que había vivido.

Me habían llamado a las dos de la madrugada para atender esta urgencia. Fue la esposa, explicando que su marido había saltado de la cama como una hora antes, para correr a acurrucarse en un rincón del

dormitorio, parapetado detrás de un butacón. En esa misma posición le había encontrado yo, sollozando. Me senté junto a él, también en el suelo. Sus hijos no estaban cuando llegué a la casa; su mujer sí. La envié, venciendo una resistencia que no conseguía entender, fuera de la habitación. Ya solos, después de hablarle un rato conseguí que se tranquilizase, y que empezase a relatarme lo que había sucedido.

—Me estaba contando cómo escuchaba a su mujer llamando a su hija con el diminutivo de la niñez. ¿Qué recuerda que ocurrió después?

—En ese momento, además de oírlo, vi con toda claridad que mi mujer avanzaba por el pasillo hacia el cuarto de estar, llamando a nuestra hija. A la vez creí escuchar voces en la habitación de mi hija, que está justo enfrente de la nuestra. Tenía que haberme levantado, pero el cuerpo no me respondía. De la habitación de la niña salió un hombre joven, como de veinticinco años, con un gesto torvo, que me dio miedo. No supe reconocerle en ese momento, y sin embargo, aunque incapaz de recordar por qué ni de dónde, estaba seguro de que le conocía. Yo seguía atado a la cama, incapaz de moverme, sin saber si estaba sufriendo una pesadilla o viviéndola. Aterrorizado escuché más voces en el cuarto de mi hija. No podía determinar su origen, porque la habitación estaba completamente a oscuras. Pero eran como un quejido animal. En ese momento, vi a una mujer saliendo de mi propia habitación. No

pude ver de dónde había salido exactamente. Giró por el pasillo, a la derecha, y entonces vi su perfil: era la antigua dueña de la casa, la persona que nos la vendió, algunos años antes. Los recuerdos de entonces me asaltaron con toda fuerza. Cuando la conocí tendría veintitantos años. No era guapa, pero tenía unas facciones de esas que te atraen, que te hacen mirarla, no sabes por qué. Según supimos luego, poco antes de vendernos la casa había sufrido una terrible desgracia: la muerte violenta de sus dos únicas hijas, de corta edad, a manos de un sicópata. El marido, que era mucho mayor que ella, incapaz de soportar el dolor, se pegó un tiro poco después. Era una historia terrible, que, cuando la conocimos, nos llevó a tratar de vender la casa. De hecho la pusimos en venta, pero no conseguimos ninguna oferta ni siquiera medio razonable. Parecía como si todo el mundo supiese que aquel sitio era un agujero de dolor. Además, nuestros amigos no dejaban de insistirnos en la tontería de creer en esas cosas, en el error de dejar una casa tan estupenda porque los antiguos dueños hubiesen tenido un accidente, terrible, pero no más que un accidente. Así que decidimos hacerle una reforma profunda, que acabó, por falta de presupuesto, en una buena mano de pintura, cambio de los sanitarios, de las lámparas, y poco más. —Y, con un gesto de melancolía, añadió— No sé por qué no cambiamos entonces las puertas.

—Por favor, siga con su relato.

—Claro, claro. Ahora es cuando llega lo peor.

—¿Lo peor?

—Hasta ahora todo lo que le he contado son recuerdos vividos, colocados algunos en desorden, pero vividos, ciertos. Mis hijos recorriendo el pasillo es algo que yo he visto mil veces. Es verdad que anoche esos recuerdos no estaban bien situados en el tiempo como debieran, pero nada más. Incluso la antigua dueña saliendo de su antigua habitación, aún sin haberlo visto en sentido estricto, podría darlo sin mucho esfuerzo por visto.

—Entonces ¿se refiere al hombre saliendo de la habitación de su hija?

—Sí. En ese momento recordé quién era. Como le he contado, en la familia que habitó esta casa hubo un doble asesinato, el de las dos hijas de los propietarios. El asesino, aparentemente un sicópata, nunca fue capturado. Sin embargo la policía acusó en su día a un amigo de juventud de la madre, con penas también por tráfico de drogas y cosas parecidas. Su foto fue publicada en la prensa: era la foto del hombre saliendo de la habitación de mi hija.

—¿Pudo ver algo más? —pregunté ansioso; había saltado de mi papel de siquiatra al de oyente enganchedo por tan extraño relato.

—Vi como el hombre y la propietaria de la casa se encontraron en el pasillo, frente a la puerta de la habitación de mi hija. Los ruidos dentro de la habitación habían enmudecido. El hombre tenía una

sonrisa demente, y al tiempo triunfal, en los labios. La mujer se detuvo frente a él, de espaldas a mí. Él le dijo algo así como “ya está hecho, como me pediste”. Me pareció que ella empezó a sollozar. Después de unos segundos comenzó a golpear al hombre, gritando “¡No! ¡No! ...”, cada vez más fuerte. El hombre transformó su sonrisa en un gesto de rabia y desprecio. Abofeteó a la mujer, y se alejó andando con grandes zancadas hacia la puerta de la casa. Oí como salía, dando un portazo. La mujer se volvió hacia el dormitorio. Lloraba desconsoladamente. Dando tumbos se dirigió hacia la cama, donde yo estaba. La camisa que vestía había quedado abierta, enseñando parte de su pecho. Así pude ver un extraño tatuaje, un felino de color azul saltando, un tatuaje que cuando yo la conocí, al vendernos la casa, no tenía. Pegué un salto horrorizado, y corrí a esconderme donde ahora estoy.

— ¿Qué ocurrió entonces?

— No lo sé, no recuerdo nada más... hasta que llegó usted.

— ¿Qué tiene usted en la mano? —Vi que sostenía con fuerza una cartera marrón. Seguramente la había extraído de su chaqueta, que reposaba sobre el respaldo del butacón. Finalmente conseguí que me la diera. Me di cuenta de que no podría contarme nada más, así que después de dirigirle algunas palabras de ánimo, salí de la habitación y me encaminé a hablar con su esposa, que esperaba en el pasillo. Se

trataba de una mujer que parecía muy joven, morena, con un rostro interesante, atractivo aunque no bello.

—Su marido ha sufrido un trauma muy profundo, y deberemos mantenerle internado durante algunas semanas.

Ella afirmó con un gesto de la cabeza. Continuó:

—Es mejor evitar el contacto con usted y sus hijos durante ese periodo. Le aseguro que el trato será bueno. Confiamos en su curación. A usted la tendremos puntualmente informada de todo.

Ella volvió a afirmar en silencio. Yo llevaba en la mano la cartera de color marrón, que acerqué a la mujer:

—Esta cartera la tenía su esposo agarrada con fuerza. He conseguido con mucho esfuerzo que me la diese.

Al ir ella a cogerla, cayó al suelo, dejando escapar parte de lo que contenía. En particular una pequeña foto familiar. La tomé en mis manos. Era, en efecto, una foto de la familia del enfermo: él mismo, su hija, su hijo y quien debía ser su esposa, una mujer de mediana edad, de pelo rubio. Levanté la vista hacia la mujer inclinada enfrente mía, justo para ver cómo, con un brusco gesto, cerraba con sus manos su camisa, ocultando así un extraño tatuaje representando un tigre de color azul intenso, saltando de uno de su pechos al otro.

ACCÉSIT 3º

Título

ME HAN JUBILADO

Autor

JOSÉ M^a CUADRO PINA

JOSÉ MARÍA CUADRO PINA nació en 1944 en Alcazarquivir, (Marruecos). Casado y con cuatro hijos.

Ingeniero Industrial Superior por la ETSII de Madrid en 1969. Formación complementaria en Dirección de Empresas. Ha desempeñado cargos directivos dentro de la industria metalúrgica, minera, cerámica y de rocas ornamentales.

Socio de la consultora Psicotec, s.a., y actualmente jubilado.

ME HAN JUBILADO

CAÍ EN ELLO AL CABO DE UNOS MESES. Hasta entonces siempre había pregonado con un cierto aire de suficiencia: «me he jubilado». Lo hacía poniendo tal énfasis que parecía como si hubiese ganado algún premio. Y después me quedaba tan ancho, ¡como si realmente hubiese sido el amo de mi destino!

Mas poco a poco me di cuenta de la mentira; mentira y gorda, como dicen los niños. Todo vino porque desde que dejé la comodidad de mi despacho y los sahumeros de la jerarquía, me ha dado por pensar. No es que antes no lo hiciera, que sí, que creo que lo hacía. Vamos, estoy casi seguro. Pero era un pensar singular, unívoco y estrecho. Enfocado y enfangado tan sólo en los resultados, en la productividad y en todas las restantes zarandajas que regían mis actos.

Ahora percibo otras cosas que antes ni tan siquiera veía. A modo de ejemplo: hay un mirlo medio albino en el jardín de casa. ¿No se lo creen?. Busquen, busquen en los libros, son casos muy raros pero existen. No es una mera frase aquella de “es un mirlo blanco”, al parecer son el raro resultado de una mutación

genética que se da entre aquellos que viven cerca de aglomeraciones urbanas. Nadie sabe el porqué de esa relación. Si bien los machos son normalmente negros, y las hembras grises y algo parduzcas, éste tiene las plumas de la cabeza, del cuello y de parte de las alas de un blanco níveo; todas las restantes son de un negro intenso. Luego debe ser un macho, aunque vaya usted a saber. Al principio pensé que este mirlo había de ser un ejemplar acomplejado y triste, dado que rompía los cánones de su especie. Nada de eso, no se arredra frente a sus negros rivales y defiende su territorio, un seto esquinero, con tal ardor que los domina fácilmente. Tras observar su comportamiento en repetidas ocasiones, ahora estoy convencido de que en su diferencia encuentra la fuerza.

Si no hubiese estado jubilado, no me habría percatado de su existencia, pues habría estado pendiente de lo mío y nada más. Y es que ya no soy actor y sí tan sólo espectador del mundo, con lo que empiezo a ver la función desde otros ángulos antes impensados. Resulta interesante ya que, incluso, me permite verme a mí mismo.

De ese ver, de ese verme y repasar lo visto, han nacido algunas certezas. Y hay, de entre ellas, una que me ha traído a mal traer durante un cierto tiempo: no me he jubilado. Cuando lo afirmaba, faltaba escandalosamente a la verdad. Me molesta decirlo, incluso me duele, pero lo cierto es que me han jubilado. Es más, gracias a mi recién estrenado puesto de

observación, sé que han estado jubilándome desde que nací y he venido pasando por la vida, cándido de mí, sin percibir tan trascendental hecho. Mi existencia ha estado sujeta a una sucesión de continuas renunciaciones forzadas, pues siempre que algo grato me fue dado, se hizo con la aviesa intención de arrebatármelo más tarde.

¿Que soy un pesimista cínico y maniqueo?. En absoluto, tan sólo un observador fiel y sagaz, perdonen la inmodestia. En todo caso, podrán achacarme una cierta tendencia a la dramatización, pero nada más. Si no lo creen, observen la cadena de hechos.

Se me dio la vida. «¡Bien!, ¿te parece poco?», me dirá alguien. No me parece mal, no soy un desagradecido. ¿Mas a cambio de qué?, de abandonar el seno materno. Es un acto natural e ineludible, de acuerdo, pero no me nieguen que ya nacemos renunciando a algo que, sospecho, debió ser excelente. Imposible imaginar un lugar mejor donde estar, sólo que no nos acordamos de ello.

A renglón seguido, me embarcaron en la infancia. Al principio sufrí una dulce dependencia de quienes me alimentaron y me cuidaron. No hacía nada, no me esforzaba en nada, tan sólo vivía. ¡Maravilloso! Descontadas las lágrimas de cocodrilo que vertí para llamar la atención, armas por cierto infalibles, representó otro periodo dorado que también me forzaron a abandonar. Al poco de estar en él, todos se volcaron en que aprendiera a comer solo, a contro-

lar mi cuerpo, a vestirme, a lavarme., y así podría confeccionar una larguísima lista de obligaciones contraídas y limitaciones impuestas tendentes a domoñarme. Considero que hubo algo insano en tal esfuerzo educativo, ¿por qué se empeñaron en sacarme de aquel transitar feliz con tanta premura?

Alguien podría responderme que así se construye al ente social, a la persona. Bien, lo acepto, pero acordarán conmigo que representa una pérdida antes que un beneficio. A cambio de olvidar aquella tierna dependencia, de tener que aceptar esa temprana jubilación, ¿qué me dieron?. Nada, tan sólo vacías frases alentadoras como: «¡muy bien!, así se hace», «¡hay que ver lo listo que eres!» y otras parecidas que únicamente contribuyeron a aherrojar mi comportamiento.

Más tarde, estando ya medio domesticado, me atropelló un gran estallido. Las hormonas malditas inundaron mi cuerpo, lo alteraron, lo descontrolaron, me condicionaron, me hicieron -aún si cabe—más simplón y previsible, puro impulso, irracional a veces... Y tras un doloroso y vergonzante periodo de móvil crisálida que, en el fondo, sólo ansiaba encontrar un agujero donde esconderse, me hice adulto. Eso dicen. Mas a cambio de dejar atrás los años de inocencia, los juegos sencillos, los cuentos soñados... Nueva renuncia, nueva jubilación.

La madurez ha constituido la etapa más larga de
90 mi existencia. Al principio me anunciaron que, si

hacía esto y lo otro, me comería el mundo. Y lo creí. Lógicamente no ocurrió, mas con esa promesa conseguimos engancharme al carro de heno que perseguimos, con mayor o menor ahínco, todos los humanos. Cumplí, incluso decorosamente, entregando mi tiempo y esfuerzo a cambio de las dádivas que se me hacían: responsabilidad –me permitieron tirar del carro–, y compensaciones –participé del heno–. Con el pasar del tiempo me acabé acostumbrando e, incluso, llegué a sentirme cómodo arropado por ese sistema.

Cuando estuve suficientemente adaptado a la susodicha etapa, y convenientemente adormilado, enfrenté la ineludible selección de un estado civil. Impelido por el deseo de tomar la decisión más adecuada, observé otras experiencias de mi alrededor y, en primer lugar, pude concluir que al contraer el dulce vínculo del matrimonio pronto te jubilan de amante y te convierten en marido, e incluso en padre y abuelo. Sorprendentemente, de las obligaciones de este nuevo papel no te jubilan jamás, de las compensaciones sí y, en algún caso, con una cierta precipitación. Evalué entonces la opción del celibato, mas tampoco me pareció perfecta pues las amantes, si consigues tenerlas, también te jubilan una vez confirman tu rechazo a establecer vínculos firmes. Por último, la sobria vida monacal nunca entró en mis planes debido a mi escasa vocación. Sopesado todo lo cual, decidí rendirme a la primera opción.

Esa normalización social y afectiva me empujó a integrarme aún más en el sistema: responsabilidad y compensaciones. Y me dejé llevar por la corriente, olvidando pasadas renunciadas y pensando que, al menos así, todo quedaba ya fijo y atado.

¡Infeliz!, el enemigo trabajaba soterradamente tras el discurrir de cada segundo de mi vida y, en constante tarea de zapa, socavó mi bastión sin que se me ocurriera labor de contramina alguna que pudiera frenarlo. Lentamente, sin ruido, las benditas hormonas malditas me abandonaron..., y envejecí. Sí, incomoda la palabra, incluso fastidia. Mas lo quieras o no, te ves abocado a un nuevo periodo de la vida en que tan sólo hay una cosa cierta: dentro de un par de años estarás peor de lo que hoy estás. No falla.

En el transcurso de esa transformación crítica, de dificultoso encaje personal, me alcanzó la muerte cívica. No exagero, ¿qué otra cosa es, si no, el retiro profesional? Sorprendentemente, de un día para otro, dejas de ser válido para ejercer las funciones que has estado desempeñando a lo largo de muchos años. Lo más indignante es que te sustituyen y no pasa nada, el mundo sigue girando.

Comprendí entonces que me quedaban ya pocas cosas, si bien esenciales, de las que me pudiesen jubilar; lo que resultó demoledor para mi ego. Afortunadamente la depresión me duró no más allá de cinco minutos pues soy un superviviente nato. Decidí oponerme, actuar, enfrentarme al reto, plantar cara

al destino y, para ello, comencé por analizar la raíz del problema.

Me pregunté: «¿por qué narices le llaman jubilación?», y recurrí al diccionario. María Moliner, edición de 1971, tomo segundo, página 193. “*Jubilarse: Alegrarse. Pasar a la situación de jubilado*”. Algo estaba mal, me encontraba en dicha situación pero no me alegraba. Así que profundicé unas líneas más arriba en busca de mejores aclaraciones: “*Jubilación: Del lat. «jubilar», alegrarse al cesar la obligación de trabajar...*”

Insistía en lo mismo. Recordé que los romanos fueron gente lista y pragmática, no podían estar equivocados. Me pregunté: «¿y por qué no me alegro?, ¿no seré yo el problema?», con lo cual corrí el riesgo de entrar en la segunda fase de toda crisis: la autoinculpación. Mas me sacó del incipiente y nuevo marasmo depresivo lo que leí en el diccionario en tercera acepción de esa palabra: “Por extensión, retirar del servicio o del uso a una persona o una cosa que ya está vieja o cansada”.

No lo creerán, pero ahí encontré mi tabla de salvación.

Aquello era inaceptable. Retirar del servicio o del uso a una persona..., ¡ya sólo quedaba que me trasladaran al almacén de obsoletos y me liquidasen como chatarra! Es un hecho que estoy envejeciendo, mas por causa de una nueva renuncia forzada, sólo falta que me lo echen en cara. Además, de cansado, nada. El odioso paralelismo establecido con las cosas de-

sató mi reacción y me llevó a desear ser un mirlo medio albino enfrentado a la negra fatalidad.

Reconfortado con mi rebeldía me alcé y, tomando mi más firme bastón, seguí la andadura vereda adelante. Ahora voy ligero de casi toda carga, avanzando sin prisa, un día tras otro, envuelto en el sol, bebiendo la lluvia y escrutando cada piedra del destino.

*De nuevo marchó
y me siento tranquilo.*

*Cuando alcance Fisterra,
no quemaré mi calzado,
olvidando lo recorrido,
saltaré a las aguas
para seguir avanzando
por mi camino.*

*De nuevo marchó
y me siento tranquilo.*

ACCÉSIT 4º

Título

EL LIMBO DE LOS ANIMALES

Autor

AGUSTÍN VALDERRAMA COUREL

AGUSTÍN VALDERRAMA COUREL, 79 años, nació en Vigo (Pontevedra). Cursó enseñanza primaria en el Colegio Alemán y bachillerato en los H.H. Maristas de Vigo y Alicante. Doctor Ingeniero Industrial, prom. 108 de la E.T.S. de Madrid. Trabajó en ENSIDESA (Avilés) y en RENFE (Madrid). Jubilado en 1994. Casado, con 3 hijos y 4 nietos.

Sus aficiones son la fotografía y los deportes. Practicó fútbol, equitación, tenis, judo (federado), windsurfing y esquí (federado, campeonatos universitarios de 1960), deporte éste que continua practicando cada año. Ha escrito los cuentos que inventó para sus nietos y sobrinos-nietos, haciéndoles a ellos principales protagonistas.

EL LIMBO DE LOS ANIMALES

AQUELLA NOCHE BELÉN TARDÓ MUCHO en dormirse. Llevaba aún en la retina las imágenes de los simpáticos y graciosos animales que había contemplado ese día en la visita al zoo con sus padres: el delfín, que se dejaba cabalgar por su domadora; la chimpancé, que era capaz de izar hasta lo alto de un árbol una cesta con su cría; el águila, que rompía con su pico enormes huesos de buey para tomar su tuétano; y hasta un pequeño burrito, al que se le acariciaba y a cambio te daba un beso en la cabeza. Echó de menos algún caballo (que a ella le resultaban especialmente conocidos por su afición a montar) y también los perros; pero claro, estos últimos no se encuentran en los zocos ya que son animales domésticos.

Entonces le vino a la memoria el recuerdo de un perro grande que ella había tenido cuando era pequeña, un montaña del Pirineo con el que jugaba y al que llevaba de paseo por el campo. Aquel perro, que se llamaba Gus, era ya entonces bastante viejo y tenía una herida muy mala en una pata, producida al tratar de sacarla a ella de un arroyo donde

había caído con su muñeca, golpeándose en la cabeza y quedando aturdida y en peligro de ser arrastrada por la corriente. Puede decirse que en aquella ocasión Gus le salvó la vida. Por eso, cuando el perro se murió Belén se quedó muy triste.

La niña no podía dormirse pensando por qué algunos animales que han sido tan buenos no van, después de morir, a una especie de limbo donde, aunque no puedas tocarlos, los veas y sepan ellos que estás ahí para visitarlos y hablarles. Y se imaginaba a su Gus saludándola con la pata y tumbándose como hacía cuando quería jugar con ella. ¿Cómo sería un lugar así, donde los animales no estarían ni muertos ni vivos, como fantasmas en sus propios cuerpos?

Pensando, pensando, no se dio cuenta de que la puerta de su cuarto se estaba abriendo poco a poco, y a la tenue luz de su lamparita le pareció ver a su madre que se acercaba en silencio para darle un beso. Entornó los ojos y se quedó sorprendida cuando, sin ver a nadie, sintió que le decían al oído:

—Belén, soy tu Ángel de la Guarda que vengo a velar tu sueño, como todas las noches. Pero esta vez quiero hacerte un favor especial. Voy a dejarte mis alas celestiales para que puedas volar y llegar hasta ese lugar que tú imaginas y encontrarte con tu mascota y con otros animales que también están allí por haber sido buenos. Ahora abre los ojos para que puedas verme.

Belén abrió los ojos y al principio no vio a nadie, pero poco a poco la figura de un Ángel fue formándose hasta que se iluminó en medio de la habitación.

—¿Me vas a dejar tus alas? —le preguntó la niña—. Pero si yo no sé como llegar a ese lugar del cielo, me perderé, hay muchas estrellas y nubes...

—No temas —le respondió el Ángel—. Has de ir hasta la cara oculta de la Luna, la que vosotros nunca veis desde la Tierra. Es muy fácil, y además seguramente te encuentres con más niños que también van a visitar a sus antiguas mascotas.

Belén se sentó en la cama y apartó la cortina. El firmamento estaba lleno de estrellas y nubes y la Luna se veía en cuarto creciente (como una D). El Ángel le dijo:

—Cuando llegues a la Luna tienes que rodearla hasta la parte de atrás, donde ahora le está dando el Sol, es de día. —Y añadió— : Te recibirá un ángel al servicio de San Antón, que es el patrón de los animales, y te llevará a donde tú le digas.

Cuando se quiso dar cuenta ya su Ángel de la Guarda le había puesto sus dos preciosas alas de color rosa y, abriendo la ventana, se despidió de ella, recordándole que antes del amanecer debería estar de regreso en su camita, para no llegar tarde al cole.

La niña salió volando a toda velocidad en dirección a la media Luna iluminada. Nunca hubiera imaginado lo divertido que resultaba sentirse flotando en el espacio, sin esfuerzo, más fácil que nadar en

una piscina. Le parecía que era como en el cuento de Peter Pan, sólo que muchísimo más lejos.

Aunque no estaba nada cansada, decidió posarse en una nube para ver su casa desde lo alto. Vio todas las lucecitas de su ciudad, los faros de los autos, los aviones que pasaban. Incluso encontró su propia casa, a oscuras total, señal de que sus padres no se habían dado cuenta de su ausencia. Iba a reemprender el vuelo cuando sintió que alguien la llamaba. Miró y descubrió que otra niña como ella estaba también haciendo el mismo viaje, gracias a sus dos alas azules.

—Hola, me llamo Inés —le dijo—. Voy a visitar a un perrito mío que se llamaba Lolo y que se pasó la vida mordiendo a todo “quisqui”, pero de mayor se corrigió algo gracias a un jarabe que le aplicó mi padre, y cuando murió lo hizo gruñendo de arrepentimiento y sin dejar que se acercara nadie, en su deseo de no molestar y para que no sufriéramos, pienso yo. Bueno, si te digo la verdad, no estoy muy segura de encontrármelo en el limbo ése.

—Pues yo me llamo Belén. Si te parece podemos hacer el viaje juntas.

Las dos niñas reemprendieron el vuelo y a la media hora alunizaron en el lugar previsto, o sea, en la parte de atrás del astro, iluminada por el Sol. Era como si un soplo de polvo de estrellas las hubiera transportado a velocidad de vértigo, haciéndoles recorrer los 380.000 km de distancia en tan poco tiempo.

Un ángel bonachón que parecía flotar en aquella superficie las recibió.

— Bienvenidas al limbo de los animales –les dijo—. Os llevaré al lugar en donde se encuentran los espíritus de las mascotas y los haré visibles mientras dura vuestra visita. Debéis dejar aquí vuestras alas hasta el regreso. Y sabed que aunque veáis sus cuerpos y les habléis no podréis tocarlas porque son espíritus, pero ellas sí sentirán vuestra presencia y os lo agradecerán.

— Entonces ¿cómo podremos comunicarnos con ellas? –preguntó Inés.

— Muy fácil –respondió el ángel—. El que no tengan cuerpos de carne y hueso no les impide aparecer como cuando estaban en la Tierra y comportarse como lo hacían allá abajo, sólo que sin peso ni ruido; de modo que vuestro comportamiento ha de ser igualmente natural.

Las niñas se quedaron pensativas, tratando de entender aquel misterio y confiando en que, si no daban un folleto explicativo a la llegada, sería porque no hacía falta.

— Decidme ¿cuáles son vuestras mascotas? –les preguntó el ángel.

— La mía es un perro de montaña llamado Gus –contestó Belén.

— Y la mía un perro cocker que se llamaba Lolo –añadió Inés.

El ángel consultó sus libros y dijo:

—A ver, a ver... sí, aquí los tengo. Están en la gruta 47, muy cerca de aquí. Tomad esa dirección. Os sorprenderán los maravillosos lugares que veréis.

Las dos niñas se fueron dando unos saltos altísimos, porque en la Luna no se pesa casi nada, lo cual les divertía mucho. De pronto sintieron algo detrás de ellas y, al volverse, allí aparecieron los dos perros, moviendo el rabo y saludándolas con la pata. ¡Qué alegría se llevaron los cuatro! Gus tenía la misma herida en su pata trasera, pero eso no le impedía ponerse a dos patas y apoyarse en los hombros de Belén (aunque ella no lo notara). Y Lolo hacía la croqueta delante de Inés, cosa que a la niña le hacía mucha gracia, y luego se enredaba entre las patas de atrás de Gus haciéndole perder el equilibrio.

—¡Este Lolo sigue igual de loco! —exclamó Inés.

—¡Vaya, pues Gus igual de cariñoso! —le respondió su amiga, que se moría de risa.

Observaron que cuando querían acariciarlos sus manos no notaban su piel, y cuando les quitaban de la boca algún objeto de jugar no hacían ninguna fuerza.

Al cabo de un rato, los perros las condujeron por unas praderas donde algunos caballos se encontraban con aspecto aburrido, porque nadie los venía a visitar. Excepto uno, que parecía amigo de Gus y estaba junto a una niña que le hablaba en inglés.

—¡Hola! ¿Cómo te llamas? ¿Hablas español? —le preguntaron.

—Sí, también, porque mi padre es español y mi madre americana. Me llamo Chloe. ¿Queréis saber la historia de este caballo?

—Sí, por favor —le contestaron—. ¿Por qué tiene tantos agujeros?

—Pues escuchad. Este animal perteneció a un bisabuelo mío que era militar español, y en una batalla él y sus soldados quedaron cercados y casi no les quedaban municiones. Entonces mi bisabuelo escribió una nota pidiendo ayuda a su retaguardia y la puso en su caballo, el cual entendió que debía llevarla sin falta. Y así lo hizo, corriendo a todo galope por la noche a pesar de los disparos que le hacían los enemigos y llegando hasta su destino, donde cayó muerto por los balazos recibidos. Pero enviaron los refuerzos y los sitiados se salvaron. Al caballo le hicieron honores, y por valiente mi Ángel de la Guarda me dijo que su espíritu estaría en el limbo de San Antón, y aquí lo encontré.

Las dos niñas se despidieron de Chloe con un beso, llamaron a sus perros y continuaron su paseo. El Sol calentaba fuerte, así que se sentaron a la sombra de unos árboles, sobre un montículo de color castaño rojizo. ¡Y qué susto se llevaron! El montículo empezó a moverse hasta que se fue de debajo de sus culetes y se encontraron sentadas... en nada. Se echaron a reír cuando descubrieron que aquella

masa no era sino una grandota chimpancé, que al ponerse de pie resultaba tan alta como ellas. Como es bien sabido, estos animales son muy traviosos y simpáticos, y aquélla lo que hacía era jugar al escondite con una niña chinita, intentando sorprenderla para quitarle un monito de trapo.

—Hola, yo llámame Yin-Yin –las saludó sonriendo–. ¿Queréis jugal conmigo y mi mascota? Nosotras escondel este monito, que ella clee que es su hijo y lo lleva aliba de ese árbol, donde le gusta escondelse.

Las tres niñas jugaron un rato con la chimpancé, hasta que, en un descuido, Lolo atrapó al monito y se lo llevó. Se sentaron, y Belén le pidió a Yin-Yin que les contara la historia de su mascota y por qué a ésta le faltaban los dedos de una mano y andaba cojeando. La chinita, que hablaba un poco el español porque, según les dijo, vivía en una familia filipina desde que se quedara huérfana, les contó la historia, que las niñas entendieron más o menos así:

Unos años atrás, un fuerte terremoto había sacudido la región de China donde vivía Yin-Yin con sus padres y con una mona chimpancé comprada a unos mercaderes de África. Las casas se derrumbaron, los puentes se hundieron y las carreteras quedaron cortadas. La gente huyó a los bosques y tardó varios días en regresar al pueblo. Los padres de Yin-Yin habían muerto, pero su hija no aparecía por ninguna parte. Hasta que, casualmente, un equipo de rescate filipino instalado en el bosque

oyó llorar a un niño en lo alto de un árbol, pensando al principio que se trataba de algún animal. Y allí había, en efecto, un mono, pero el llanto provenía de un bebé que el animal tenía en sus brazos. ¿Cómo habían llegado hasta allí? Pues ocurrió que, al día siguiente al terremoto, la chimpancé, después de estar protegiendo con su cuerpo a Yin-Yin de los escombros que caían, aun herida había conseguido llevársela y ponerla a salvo de peligros en el bosque. Pero la mascota tenía una pierna rota, los pulmones fatal y le faltaba media mano. Sus rescatadores no pudieron salvarle la vida, pero San Antón se la llevó al limbo.

Las dos niñas españolas dijeron adiós a la chinita y, tomando sendos bastones del bosque para jugar con los perros, continuaron la marcha, llegando a una laguna al pie de altas montañas, donde un delfín jugaba con una pelota que le lanzaba un niño rubio, el cual no paraba de gritarle en inglés unas órdenes que el animal obedecía dando unos saltos graciosísimos. Mientras Lolo aprovechaba para bañarse se acercaron al chico y le preguntaron:

—¿Es tuyo ese delfín?

—Sí, bueno, era de muchos; murió hace ya un siglo y su cuerpo está enterrado en los Estados Unidos, porque allí se hizo famoso y desde allí he venido yo para visitarlo —respondió el niño—. Me llamo Christian, y mi abuela española me enseñó vuestro idioma.

—Pues yo soy Inés y mi amiga es Belén, y venimos de España. Cuéntanos, por favor, esa historia.

—Okay –dijo–. Era el año 1912 y mi bisabuelo, un joven empresario español que tenía negocios en los Estados Unidos, viajaba en el trasatlántico “Titanic”, el barco mayor del mundo. Pero en alta mar chocó con un iceberg y se hundió, con más de 1500 personas a bordo, de las que solamente se salvaron unos cientos. Era de noche y los sobrevivientes sentían que se les acababan las fuerzas en unas aguas tan frías. Pero entonces apareció una bandada de delfines, y bastantes náufragos, subidos en sus lomos, pudieron alcanzar los botes salvavidas. Uno de ellos era mi bisabuelo que, al ver a uno de aquellos nobles animales quedar extenuado y herido después de tantos rescates, pidió ayuda para remolcarlo y llevarlo hasta el “Carpantia”, un buque que llegó horas más tarde al lugar. Cuando desembarcaron en América el delfín había muerto, y lo enterraron bajo un letrero con su nombre, “Saviour”, que en inglés significa salvador. Mi familia siempre creyó que San Antón lo habría traído aquí, y era verdad.

—Qué bonita historia –dijeron las niñas -Nos gustaría volver a verte, Christian.

—Bye-bye, amigas. Quién sabe... –Y se despidieron.

Al poco tiempo llegaban al pie de los altos cráteres volcánicos y, como podían dar largas zancadas sin apenas esfuerzo, en un momento alcanzaron

las cumbres, donde sólo habitaban los rebecos y las águilas. Y una de éstas les llamó la atención, porque andaba cojeando, le faltaban muchas plumas y estaba tuerta de un ojo; tenía un aspecto lastimoso. A su lado, un muchachito negro tumbado en el suelo se divertía con ella dejándose picotear por el animal. Pero al acercarse las niñas para saludar al chico, el águila lo cogió con sus garras y se lo llevó lejos de allí, como si temiera que fuesen a hacerle algún daño.

—¡Eh, Sultana! –le gritó el muchacho al animal–. Déjame donde están esas niñas, que sólo han venido a saludarnos y no nos van a hacer ningún daño.

El águila obedeció y, aunque algo desconfiada, devolvió a su amo junto a ellas.

—Perdonad, pero es que al veros con los bastones debió de creer que ibais a pegarnos y eso le recordó una terrible pelea que tuvo –se excusó el chiquillo.

—No importa; yo soy Inés y ella Belén, y venimos desde España para visitar a nuestras mascotas –dijeron, al tiempo de hacer los perros un saludo con la pata. –¿Cómo te llamas tú?

—Yo Ulises y soy de Guinea, por eso hablo español. Y esta águila me salvó la vida cuando yo tenía 2 años y estaba solo en la selva.

—Por favor, cuéntenos esa historia tan emocionante –le pidieron las niñas, sentándose a su lado.

—Pues de eso hace ya siete años, y tal como me lo contaron a mí os lo cuento –comenzó el niño–. En

mi país había unos gobernantes que eran muy malos y que querían tratar como esclavos a quienes no éramos de su misma etnia. Entonces, unos militares valientes hicieron una revolución para echarlos del poder, pero no lo consiguieron y, en venganza, los vencedores nos quemaron los poblados y mataron a muchas personas y otras tuvieron que refugiarse en la selva.

—Y tú huiste con tu familia ¿verdad? —preguntó emocionada Belén.

—Sí, pero me perdí, y lleno de heridas tuve que pasar la noche en un claro del bosque. Estuve llorando y llamando ¡papá, mamá! sentado en el suelo, donde las moscas y las hormigas me mordían por todo el cuerpo. A la mañana siguiente aparecieron unos buitres revoloteando sobre mi cabeza, esperando poder comerme pronto. Algunos ya se habían posado cerca de mí y yo no sabía cómo espantarlos. Graznaban tan fuerte que debió de oírlos un águila, que vino a posarse a mi lado. Pero aquellos pajarra-cos eran muchos y estaban hambrientos, así que se lanzaron sobre el águila y la atacaron a picotazos y arañazos, mientras yo me cobijaba debajo de sus alas. Sultana debía de estar a punto de caer derrotada, pero por suerte aparecieron unos soldados que dispararon y ahuyentaron a los buitres. A mí me llevaron a un hospital, donde me encontraron mis padres. Y cuando supieron cómo me había salvado, buscaron a la pobre águila y la llevaron a la casa en

la que pudimos refugiarnos. Y aunque esos animales viven casi cien años, Sultana murió pronto a causa de sus heridas.

Las dos niñas se quedaron en silencio, mirando con admiración al águila, la cual ya adivinando que hablaban de ella, levantaba orgullosa su maltrecha cabeza.

—Dinos, Ulises –habló Inés– ¿tú no has pensado que fue tu Ángel de la Guarda quien avisó a Sultana para que te salvase?

—Sí que lo he pensado –respondió el negrito– y por eso le rezo todas las noches, y ayer soñando se me apareció y yo le pedí sus alas blancas para venir a visitarla en este limbo. Y ahora, chicas, creo que llegó el momento de volver a la Tierra.

Inés y Belén se despidieron de él y, junto con ambos perros, emprendieron el camino hasta el lugar en donde habían alunizado. Llegaron al mismo tiempo que Chloe, Yin-Yin y Christian; faltaba Ulises, que apareció colgado de las garras de su mascota. Todos recogieron sus alas de colores y se despidieron del ángel de la entrada, quien les pidió que no revelasen a nadie los secretos que escondía la cara oculta de la Luna y así lo prometieron los niños. Y emprendieron el vuelo de regreso, uno a Estados Unidos, tres a España, otra a Filipinas y el último a Guinea.

Belén entró volando por la ventana, que seguía abierta. Notó cómo sus alas se evaporaban y se metió en la cama, donde aún pudo dormir una horita.

La despertó su mamá de un sueño un poco extraño, porque la oyó susurrar palabras como Luna, chimpancé, delfín, Ulises y otras que no tenían ningún sentido.

—Vamos nenita, despierta, que hay que ir al cole —le decía su madre.

—Espera un poquito, mamá, que no le he dicho adiós a Gus —le contestó la niña.

Su madre no entendía nada, pero se quedó aún más confusa cuando a la semana siguiente, con motivo de una celebración familiar, las mamás de Inés y de Chloe comentaron con ella que sus niñas (ambas eran primas de Belén), también tenían unos sueños rarísimos, en los que hablaban de los mismos nombres. Y sobre todo una cosa curiosa: todas habían aumentado su devoción al Ángel de la Guarda.

Y así fue cómo, gracias a aquel sueño sobrenatural, la niña aprendió a amar aún más a los animales y comprendió la importancia que pueden tener en nuestras vidas.

X Premio
de Poesía

1^{ER} PREMIO

Título

DESIERTO

2º PREMIO

Título

LA CADENA DE LA VIDA

Autor

MIGUEL ÁNGEL MURO JIMÉNEZ

MIGUEL ÁNGEL MURO JIMÉNEZ nació en Arcila (Marruecos) en 1929. Ingeniero Industrial desde 1954, promoción 97 y Doctor Ingeniero desde 1965.

Pertenece al Colegio de Madrid desde 1967 y también a la AIIM. Trabajó 5 años en ENASA (Pegaso) en Barcelona, y Directivo de COINTRA S.A. 27 años.

Es Presidente de Honor, Consejero y fundador de OTTO WALTER ESPAÑA SA. En la actualidad es Presidente de las Consultoras ECADE SERVICIOS y su filial, ECADE

Ha publicado 4 libros sobre temas empresariales, tres de ellos en tono de humor y dos libros de Poesía.

Ha participado en las 10 ediciones de los Premios de Poesía de la AIIM.

LA CADENA DE LA VIDA

La cadena de la vida
son los abuelos y nietos,
eslabones bien sujetos,
por un amor sin medida.

Cuando cumplí los ochenta,
mirándome ante el espejo,
pregunté: ¿Soy yo tan viejo
como el espejo aparenta?

-¡No eres viejo , eres abuelo!-
oí que una voz me decía,
una voz que no venía
del espejo ni del suelo.

Cuando giré la cabeza
vi a mi nieto más pequeño,
con su semblante risueño,
rojo como una cereza.

Se hizo un silencio expectante
de emoción y sentimiento
que duró sólo un momento
pues lo rompí yo al instante.

Formulando esa pregunta
que los mayores hacemos
cuando averiguar queremos
hacia donde un niño apunta :

¿Qué quieres ser de mayor?
¡ Abuelo , naturalmente!
y no un abuelo corriente:
¡Yo quiero ser el mejor!

-Dijo mirándome a mí-:
Si abuelo como tú fuera,
tendré un nieto que me quiera
como yo te quiero a ti.

No supe responder nada
con mis labios temblorosos.
Pero mis ojos llorosos
hablaron con la mirada.

Pues las palabras perdidas
que en mis labios se quedaron,
mis ojos las encontraron
en lágrimas convertidas.

Y me volví hacia el espejo
dando las gracias al cielo
pues sólo por ser abuelo
vale la pena ser viejo.

ACCÉSIT 1º

Título

CUANDO EL TIEMPO NO IMPORTE

Autor

RAFAEL NAVAZO RIVERO

RAFAEL NAVAZO RIVERO nació en 1947. Ingeniero Industrial por la ETSIIM, especialidad Técnicas Energéticas, Colegiado nº 5 142. Diplomado por la Escuela de Organización Industrial de Madrid.

Desde 1974 hasta 2010 desarrolla su actividad profesional en Foster Wheeler, desempeñándose sucesivamente como Jefe de Proyectos, responsable de los departamentos de Proyectos y Diseño, Nuevas Tecnologías, Compras, Posventa, y en Marketing Internacional. Causa baja en Foster Wheeler en septiembre de 2010 por jubilación anticipada.

CUANDO EL TIEMPO NO IMPORTE

(Volando de Oporto a Río de Janeiro)

Llegará, tal vez, un día
en que el tiempo no importe.

De tanto fluir
se habrán mezclado ya los días y las noches
y las primaveras sabrán a otoño
y los veranos traerán frescuras de invierno.

No llegaremos nunca tarde
ni pronto
y podremos quedarnos
flotando en la calidez de una caricia.

Zambullirnos
en lo hondo de una mirada
y encontrar en ella lo infinito.

Cerraremos los ojos para vernos por dentro
y descubrir
el proyecto inacabado de lo que fuimos
y lo que pudimos haber sido.

Pero aún será posible
y nos abriremos
como abanicos multicolores
hechos de flechas
disparadas en todas direcciones.

Y será el respirar
como beber un ansia de infinito
que sacia sin hartarnos
hecho de posibilidades siempre nuevas.

Llegará, quizás, un día
en que el tiempo no importe.

Y seremos nosotros
sin lastres ni ataduras.

Podremos ya quedarnos
viendo caer la tarde,
sin temor a la noche.

Ya no habrá obligaciones.
Sólo un ansia de amar
suave como la brisa
dulce como los besos
volando entre las flores
como las mariposas.

Llegará, al fin, un día
en que el tiempo no importe.

Y será el existir nuestra morada,
dándonos sin medida,
recibiendo sin cuenta
alcanzando los sueños
soñando cada vez un sueño nuevo.

Y tú estarás en ellos
y serás para mí sueños y vida
plenitud de esperanza sin desmayo.

Y yo seré los tuyos.
Viviremos sin prisa uno en el otro
descubriendo
inmensidades en cada caricia
océanos infinitos en cada mirada.

Llegará, amor, un día
en que el tiempo no importe.

Y estaremos con todos
y entre todos, tú y yo:
Cogidos de la mano.
Simplemente, queriéndonos.

ACCÉSIT 2°

Título

A VAREAR LA OLIVA

Autor

MATÍAS SOLANA HERNÁNDEZ

MATÍAS SOLANA HERNÁNDEZ nació en 1940 en La Rioja. Ingeniero Industrial por la ETSIIM, Maestro Nacional. Escuela de Magisterio de Logroño y Diplomado en Biología. U.C. M.

Publicaciones:

Posetas. Poemario de Setas.

Palabras para el Recuerdo. In Memoriam.

Guía de Setas.

A VAREAR LA OLIVA

Otoño. Se dora la tarde, de sol velazqueño.
Despierto. Un ruido indiscreto se llevó mi sueño.
Afloran recuerdos poblados de antaño.

Es un día de invierno. Madrugada.
La luna, se ha dormido en la esquina del cielo
al despertar el día a la mañana.
Por las calles del pueblo, oscuras de desvelo,
retumba en el silencio el paso de un muchacho
y la andadura, monótona e incierta, de un jumento
en cuya albarda se acomodan las mantas y los sacos,
junto a la vara de apalear la oliva o los almendros.

Al dejar el abrigo de las casas
el relente apagado de la noche
se mantiene, al conjuro de la helada.
La tierra se ha vestido de escarcha,
crepita, al recibir el peso de la huella,
en el camino queda, señal de la pisada.
Los matojos se adornan con brillo de oropeles
cuando los acaricia la luz difusa de la amanecida,
un sol casi dormido se acomoda en la loma.

La niebla se hizo dueña de la oquedad del campo
cual un cendal de espuma, dulce y tierna,
sin que el sol se atreviera, a hacerla suya al alba.
Quedó el campo aterido en la mañana
velando los sarmientos desnudos de las cepas,
los callosos almendros que sueñan en sus yemas
al final del invierno, flores de primavera.

Al andar, el muchacho, sigue haciendo camino
sin queja y sin descanso, hasta llegar al tajo.
Verde olivar de troncos retorcidos,
sus hojas atesoran,
gotas perladas de la niebla helada,
en sus ramas, abundantes racimos con olivas
negras como noche, la rabia, o la tormenta,
con la pulpa cuajada de vida y amargura.
En la molienda, se harán raudal de aceite
compañía de panes para engañar el hambre.

Ocultando la escarcha,
las mantas se acomodan en la tierra,
el muchacho varea entre la copa,
a cada golpe, abandonan el árbol las olivas
en una danza trágica, con hojas en compañía.
Van colmando la manta con la fruta madura;
el muchacho,
cuando acaba en la altura,
con manos amorosas, ordeña cada rama.

El tiempo se hace aliento, se apelmaza la niebla,
ungido en el sudor, el cuerpo se hace duelo,
se alarga la tarea en cada olivo, los golpes de la vara
van dejando desiertos, los árboles, de fruta.
Acabado el vareo se repliegan las mantas,
se aventa la cosecha para quitar las hojas
se recoge del suelo cada oliva olvidada
quedan las manos yertas, no se sienten las yemas.

Se acomoda en los sacos la cosecha lograda
se cargan al jumento, se anudan a la albarda
equilibrando el peso, con bártulos y manta.
Acabó la faena, sólo queda,
desandar el camino hacia la casa.

La tarde se hace noche, la niebla se evanece,
las estrellas, en un cielo sin tacha, refulgen.
Recuerdo al muchacho, su paso, la escarcha ...

ACCÉSIT 3° Y 4°

Título

DESIERTO

AGRADECIMIENTOS

LA ASOCIACIÓN DE INGENIEROS INDUSTRIALES DE MADRID
agradece la participación, en este
X Premio de Relatos y Poesía,
de los siguientes compañeros:

- D. Agustin Aragon Mesa
- D. Agustin Valderrama Courel
- D. Angel Ruiz Ortega
- D. Antonio Gavilan Casal
- D. Antonio Santiago Valladares Gil
- D. Federico Adrian Sanz
- D. Francisco Navarro Fernandez-Rodriguez
- D. Francisco Ortega Robles
- D. Guillermo Adeva Ramos
- D. Guillermo de Leon Lazaro
- D. Ignacio Barroso Garcia-Leyaristy
- D. Isidoro Gonzalez Navarro
- D. Javier Rodriguez Rescalvo
- D. Jose Lopez Ceron
- D. Jose Luis Sevillano Fernandez
- D. Jose M^a Cuadro Pina

D. Jose M^a Saez Vicente-Mazariegos
D. Jose M^a Solana de Quesada
D. Jose Manuel Fernandez Jardon Vassal
D. Juan Alvarez de Yraola
D. Juan Jose Patilla Sordo
D. Luis Hernaiz Ballesteros
D. Luis Samaniego Gutiez
D. Manuel Lage Marco
D. Manuel Martinez Perez
D. Manuel Ruiz Izquierdo
D. Manuel Zahera Perez
D. Matias Solana Hernandez
D. Miguel Angel Blasco Lopez
D. Miguel Angel Muro Jimenez
D. Miguel Angel Ruiz Ortega
D. Pedro Ruiz Rebollo
D. Rafael Navazo Rivero
D. Ruben Dominguez Casado
D. Sergio Martinez Perez
D. Tomas Fco. Garrido Lopez
D. Virgilio Soria Perez
D^a Marta Ramos Martin-Nieto
D^a Miriam Conde Redondo
D^a Odayme Hernandez Rodriguez
D^a Sofia Monton Gomez
D^a. Marina Pampanas Yustres